

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

ADVERTENCIA.

Algunos señores suscritores y corresponsales han manifestado duda acerca de si la renovacion del abono á LA SEMANA dá derecho á la indemnizacion ofrecida en obras. A esta duda contestamos que toda renovacion se considera como una suscripcion nueva, y por consiguiente dá derecho á la indemnizacion; pero solo de un treinta por ciento, como hecha despues de publicado el número primero. El cincuenta por ciento fué un premio concedido al anticipo sobre la cantidad que los suscritores pagaron en el plazo señalado: además de que así se infiere de la letra del prospecto, la misma razon natural dice que no era justo ni equitativo que disfrutasen iguales beneficios los que pagaron más de una vez, que los que pagaron menos. Los suscritores por un año en Madrid, por ejemplo, adelantaron 80 rs., al paso que los de tres meses solo adelantaron 20: ¿seria justo conceder igual premio á unos que á otros? Y aun sin tener en cuenta la base de justicia, ¿qué estímulo habria para el anticipo si á todos se les considerase iguales? Lo hemos dicho muchas veces: las mayores ventajas son para los que mas pagan de una vez y mas pronto, porque las rebajas y beneficios que ofrecemos, deben considerarse como premio del dinero y recompensa de la confianza. Creemos suficientes estas aclaraciones para evitar en lo sucesivo toda duda y reclamacion.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—REVISTA DE MADRID: Revista de teatros.—SEMANA RELIGIOSA: La catedral de Córdoba.—SEMANA CIENTIFICA: Napoles. Castillo de San Telmo.—SEMANA JUDICIAL: Causa contra don Alvaro de Luna, continuacion. Causa sobre suplantacion de billetes para la funcion de la lucha de fieras.—Las cuatro mugeres de Enrique VIII.—BREVES APUNTES sobre la historia de la infanteria.—SEMANA LITERARIA: Dos duelos á diez y ocho años de distancia, leyenda.—Correos, sillas de posta y diligencias, en Inglaterra.—SEMANA HISTORICA: Historia contemporánea.—SEMANA MOSAICO: La Masarar: Rasgos, agudezas y extravagancias históricas. Elementos españoles, ferias, caricatura, gaceta devota, logogrifo, solucion del anterior.

Este número lleva diez grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. FRANCIA. El horizonte se presenta oscuro. La Asamblea nacional, depositaria de la soberanía, olvida su mandato y pierde su tiempo en vanas discusiones, cuyo resultado es reanimar las malas pasiones é inspirar al trabajo, á la industria y al comercio los mas serios temores sobre el porvenir, y propagar las ideas mas falsas y disolventes. El poder ejecutivo se muestra celoso de la Asamblea, que debería ser su mas firme apoyo, y poco á poco va perdiendo el poderoso prestigio que se halla unido á un gran nombre, símbolo de las ideas de gloria, de orden y de autoridad, y si no desplega mas vigor en breve se hallará incapacitado de gobernar. Es difícil que la sociedad resista al rudo asalto que los socialistas, estos nuevos bárbaros, se disponen á dar.

La Francia se aproxima á una gran crisis. Háblase de ataques socialistas, háblase de golpes de estado por parte del gobierno, y hasta un representante del pueblo, Mr. Paradie, ha presentado en la Asamblea una proposicion para que en el caso de que el país se halle sin Asamblea ó sin gobierno, en cada departamento se formen juntas que reasuman el poder.

Las discusiones de la Asamblea cada dia son mas tumultuosas. Un proyecto de ley presentado por el gobierno para trasportar á Argel los condenados que no han sido amnistiados, por los sucesos del 13 de junio, y que se hallan en los pontones de Belle-Isle, ha dado margen á escesos parlamentarios cual nunca los ha presenciado ninguna nacion del mundo.

Siguen publicando muchos folletos revolucionarios, y la policia es casi impotente para impedir su circulacion.

En las poblaciones del campo se esparcen los rumores mas alarmantes y absurdos representando al presidente como en conspiracion permanente contra la constitucion, de la que ha recibido su mandato, y como dispuesto á intentar un golpe de estado.

La Italia sigue tranquila, comprimida por el ejército.

TOMO I.

cito austriaco. En Liorna se habian hecho varias prisiones. En Cerdeña las cámaras seguian apoyando al gobierno moderado de aquel país, que ha mandado expulsar de Génova á muchos refugiados políticos de Lombardia y de los Estados pontificios, que se habian retirado á aquella ciudad, donde aun viven los antiguos recuerdos republicanos. El papa seguia en Pórtici, y aunque varios cardenales han vuelto á Roma, nada anuncia aun como próxima la vuelta del pontífice á su capital. Apenas evacuado por las tropas españolas el territorio de Terracina han aparecido partidas insurgentes que han interceptado el correo de Nápoles á Roma entre las lagunas Pontinas y Velletri, apoderándose de la correspondencia y no molestando á los viajeros ni tocando á sus equipajes. El papa se propone no volver á Roma sin reorganizar primero una fuerza militar imponente y fiel, y segundo contratar un empréstito.

PORTUGAL. Habiéndose abierto las cámaras, despues de la contestacion al discurso de la corona, el conde de Thomar, contra quien los periódicos miguelistas y setembristas se habian declarado, acusándolo públicamente de concusionario y de haber concedido una cruz de la orden de Cristo á un constructor de carruages á cambio de una berlina, defendió su conducta en la cámara popular; y no habiendo sus adversarios aceptado la propuesta de que formularsen la acusacion contra él, la Cámara de diputados declaró en la sesion del dia 20 de enero que el ministro merecia la confianza del parlamento, no teniendo contra sí mas que la insignificante minoría de 12 votos.

Interior. Ninguna novedad importante ha ocurrido en las provincias de la monarquía. El tiempo tan crudo en las semanas anteriores se ha dulcificado algun tanto en esta, y dias mas apacibles y templados han presentado ya el hermoso aspecto de la primavera.

La proximidad del carnaval ha dado vida, animacion y movimiento á la sociedad de Madrid. Se han repetido los bailes de máscaras y de sociedad en las casas particulares, siendo unos y otros sumamente concurridos.

La política ha ocupado algun tanto mas á los noticieros esta semana, con motivo de las sesiones de Cortes y de los sucesos lamentables á que han dado ocasion.

El lunes 28 el ministro de la Gobernacion contestó al discurso del diputado Rios Rosas, é hizo un resumen de los elementos heterogéneos de que se compone la minoría conservadora. Este discurso, en que el ministro habia procurado retratar á los principales individuos de ella, originó naturalmente una porcion de alusiones personales, para las que pidieron apresuradamente y con calor la palabra varios diputados, algunos de los cuales la usaron contestándolas en el mismo dia.

En la sesion del dia siguiente, martes 29, contestó tambien á estas alusiones el diputado Benavides. En seguida el diputado Gonzalez Bravo se levantó para exigir explicaciones de algunas palabras que juzgaba ofensivas, y que habia pronunciado en la sesion del sábado otro de los diputados de la oposicion conservadora, Rios Rosas. El diputado Gonzalez Bravo hizo una larga enumeracion de los actos de su vida política, y concluyó escitando á su compañero que declarase si era á él á quien se dirigian las palabras de infamia y de apostasia pronunciadas en la sesion del sábado. El diputado Rios Rosas no reconociendo el derecho con que se le exigia esta explicacion se negó á darla, originándose á consecuencia de ello unas contestaciones vivas, elocuentes, enérgicas entre ambos; contestaciones que agitaron tan extraordinariamente al Congreso, que el presidente tuvo que levantar la sesion.

Todos preveian claramente que la cuestion del terreno de la discusion pacífica, iba á parar al de la fuerza en otro sitio. Efectivamente, al reunirse el Congreso al dia siguiente 30, se hallaban afectados todos sus individuos. Entre los dos diputados de la oposicion conservadora, habia tenido lugar un duelo á pistola fuera de la puerta de Atocha, camino de Ballecas. Gonzalez Bravo, habia sido herido en el costado, entrándole la bala entre la segunda y la tercera

costilla falsa, y causándole una herida de nueve pulgadas de longitud y bastante profundidad, aunque no ofrece ya gran peligro, por habersele extraído la bala á las 24 horas por el célebre médico Toca. Bajo la impresion de tan lamentable suceso, continuó la discusion de la autorizacion para los presupuestos, en que tomó parte el diputado San Miguel, y contestándole el marqués de Valdegamas en uno de esos discursos arrebatadores, elocuentes, é inspirados que oye siempre sin respirar el Congreso, fascinado por el encanto de su genio, aun cuando no sean los mas adecuados y concretos á la cuestion que se ventila, empero tal es el privilegio del genio y del talento.

El marqués de Valdegamas apenas habló de los presupuestos, siendo mas bien su discurso una manifestacion profética del futuro estado á que en medio de tantas convulsiones políticas camina la Europa.

El presidente del consejo de ministros cerró la discusion con un discurso digno y templado en que reasumió los debates; y el Congreso votó la autorizacion pedida por el gobierno por 172 votos contra 82.

El Congreso habia terminado sus tareas. Este es el último acto de su vida parlamentaria, que ha durado á través de tantas y tan varias vicisitudes por espacio de cuatro años. El Congreso no volverá á reunirse sino para oír el real decreto de su prorogacion, preludio de la próxima disolucion del mismo; así es que ya en la sesion del jueves 31 se suspendieron las sesiones, porque el gobierno ocupado en otros graves negocios no puede asistir á ellas.

El Senado, que en esta semana ha terminado la ley de reemplazos, ley de tanta utilidad para el país, y que ha votado tambien la de ferro-carriles que habia asi mismo aprobado el Congreso, se ocupará desde hoy en la discusion de la autorizacion para plantear los presupuestos; discusion que promete ser mas tranquila, mas sosegada, y menos azarosa de lo que ha sido en la cámara popular.

La reina sigue sin la menor novedad en su estado interesante, esperándose que dentro de muy breves dias se comuniquen oficialmente á la nacion la importante noticia que tanto debe influir en su felicidad. Probablemente las nuevas cortes se convocarán para el tiempo en que deba verificarse el fausto acontecimiento del alumbramiento de nuestra reina, á fin de que los representantes de la nacion puedan jurar, segun la constante tradicion de estos reinos, al sucesor directo que la divina providencia parece querer conceder al trono de San Fernando.

REVISTA DE MADRID.

Un baile y un duelo: hé aqui los dos acontecimientos mas notables de la semana que acaba de pasar. Un solo dia; decimos mal; el brevísimo espacio de algunas horas, ha sido bastante para ofrecernos estos dos notables sucesos, que en uno ó en otro sentido han de dejar inolvidables recuerdos en el ánimo de los habitantes de Madrid.

Eran las altas horas de la noche del 29 de enero, cuando en los salones de la señora condesa del Montijo se celebraba el primero de estos acontecimientos con la suntuosidad y magnificencia que es conocida de cuantos frecuentan aquella ilustre casa. Reunida allí la sociedad mas selecta y elegante de Madrid, las damas mas notables por su belleza y por su posicion social, las notabilidades militares y políticas de la corte, incluso algunos ministros y todos los individuos del cuerpo diplomático, esta brillante concurrencia veia pasar alegre y dulcemente las horas de la noche, dándose el parabien por que la amable y elegante condesa se hubiese decidido al fin á dar en este año el primero—y el último quizá—de esos bailes que son el encanto de la alta sociedad madrileña. Algunas horas despues, y con los primeros resplandores del alba, cruzaban por las calles de Madrid un sin número de lujosos carruages, llevando á reposar de las fatigas del baile á la numerosa concurrencia que á su pesar lo abandonaba, lleno el corazon de los mas gratos recuerdos.

Aun no habia amanecido para todos el dia 30, cuando

do en otro sitio bien distinto, en las afueras de Madrid por la parte que mira á Ballecas, se celebraba con gran solemnidad el otro de los sucesos que mas arriba mencionamos. La concurrencia no era en verdad menos escogida, si bien no presenciaba, sino desde lejos, el acto que tanto excitaba en aquellos momentos la alarma y la curiosidad pública. Dos personas muy notables por sus talentos y por su posición social se batían en duelo, y era al parecer una condición del lance la de que hubiese de terminar por herida grave. Cruzáronse cuatro tiros y la condición se cumplió desgraciadamente. Una bala, que entrando por el costado derecho penetró hasta tocar en la espina dorsal, hirió de gravedad á uno de los dos combatientes.

¿Y qué pudiéramos nosotros añadir sobre este lamentable suceso, que no lo hayamos dicho ya en una de nuestras anteriores revistas? Al fin el siglo es dueña, y es forzoso que nosotros vivamos con el siglo. Los hombres no dilucidan ya las cuestiones en el reducido espacio de un salón; han menester otro terreno: el campo es de imprescindible necesidad para discutir los asuntos importantes: entonces no se cruzan nuevos argumentos; pero se cruzan balas: y cuando una de ellas ha tocado al cuerpo del otro, se dice que los hombres quedan con honor, y la sociedad satisfecha. Tal es la doctrina corriente de la sociedad actual en materia de discusiones: tal es la filosofía del presente siglo. *La mejor razon, la bala.*

Pero ni por estas desgracias, obra de la voluntad de los hombres, ni por otras muchas que continuamente suceden y que son obra de otra voluntad mas alta, de la soberana voluntad de Dios, hemos visto olvidado en la semana anterior la cuestión de actualidad, la que afecta á los intereses del momento, la que satisface á las exigencias del tiempo presente y habrá perdido toda su importancia á poco que se adelante el porvenir. Hablamos del carnaval.

Nosotros no sabemos, en verdad, si el público de Madrid se halla tan vivamente preocupado como cierto insigne publicista, con la idea de la próxima disolución del mundo. No sabemos si contempla tan cercano el juicio final, si reconoce en Proudhon al Ante-Cristo, y si opina que los cientos de este imperio anticristiano los ha echado en el mundo la reforma. Ignoramos si cuenta por instantes los días que aun le restan de vida sobre la tierra, y si está decidido á multiplicar sus gozcos temiendo que habrá de faltarle el tiempo necesario para gozar. Lo que sabemos es que en la semana anterior los bailes de máscara se han juntado uno con otro hasta el punto de no darse un instante de tregua ni reposo: que en los salones Orientales como en los Españoles, en el Instituto como en la Cruz, y en el Buen Tono como en la Ondina, se ha bailado, se ha comido y se ha bebido hasta no poder mas: que la concurrencia ha sido en todas partes numerosa, sino escogida, y que los resultados de estos bailes no han sido por fortuna tan lamentables como los de las cuestiones de presupuesto: alguna borrachera de mas y algunos platos de menos: alguna virtud de menos y alguna infidelidad de mas: tales han sido los insignificantes resultados, los inocentes pecadillos de las máscaras de 1830.

Por otra parte, y sin que sea necesaria la representación del Ante-Cristo en la persona de Proudhon, ni la del próximo fin del mundo en la revolución de Italia, es indudable que los momentos destinados á la vida bulliciosa son en este año tan fugaces y transitorios como jamás los han sido. En los años anteriores, el carnaval ha venido siempre envuelto en las primeras ventiscas de marzo, y sin embargo, la buena sociedad de Madrid lo veía ya venir á través de las brumas de noviembre. Entonces comenzaban y seguían sin interrupción los saraos, y el carnaval disfrutaba siempre el privilegio de comenzar antes de su principio oficial, á semejanza del imperio chino, cuya existencia precedió á la creación del mundo. En este año el carnaval ha venido en los primeros días de febrero, y ya estaba bien entrado diciembre cuando la sociedad de Madrid contemplaba todavía cerrados esos salones, que en otro tiempo formaban el encanto de sus mas bellos días. Era preciso, pues, que al ver acercarse ese período fatal, donde comienza el reinado de la cuaresma, se apresurase á recobrar el tiempo perdido, ya que no le es dado retener su rápido y perentorio curso.

Y en efecto: la afición á las máscaras, desarrollándose rápidamente, ha tomado en este año formas y proporciones gigantescas: se ha caracterizado marcadamente y de una manera notable respecto de los anteriores.

Pero no es ciertamente en los salones Españoles ni en los Orientales, ni en el Instituto, ni en la Cruz, donde hemos de estudiar el carnaval de 1830. Para esto se necesita haber entrado en los salones del Liceo.

Los Salones del Liceo han sido, á nuestro juicio, la expresión viva de esa fisonomía particular, de ese carácter especial que han tomado los bailes de máscaras de 1830. Y no podía suceder de otra manera,

porque solo los salones del Liceo han obtenidos el envidiable privilegio de reunir á toda la buena sociedad de Madrid en sus bailes del 26 de enero y del 2 de este mes. En los actuales bailes del Liceo ha habido menos bullicio y algazara que en los bailes de Villahermosa de 1840; pero los últimos nos han ofrecido en cambio esa expansiva confianza, esa grata animación, que reina, sin salir de sus justos límites, cuando solo se encuentran reunidas las gentes del buen tono. En 1840 los salones de Villahermosa se inundaban constantemente: ahora se han llenado sin que sea excesiva la concurrencia. Entonces se sentía en aquella atmósfera un calor horrible y sofocante: ahora se respiraba un suave ambiente, perfumado con el aroma de innumerables flores. Entonces era moda desocupar el ambigú para llenar las camas de la enfermería: ahora las salas del comedor han sido el modelo de la sobriedad y de la compostura. Entonces las alfombras del gran salón servían de mullido lecho á la concurrencia en las últimas horas de la noche: ahora no hemos visto una sola persona que necesitase ese reposo anticipado, consecuencia necesaria del desorden. Por último, en 1840, cuando los bailes eran tan concurridos y alegres, las gentes de buen tono abandonaban los salones en las primeras horas de la madrugada: ahora la luz del día vino á encontrar reunida en aquellos salones la elegante sociedad que los animaba.

En una palabra: los bailes de Villahermosa en 1840 eran una diversión de otro género. Había allí mas gente, mas bullicio, mas algazara, mas confusión, mas desorden. En los de 1830 ha habido mas orden, mas compostura, mas decoro, y al mismo tiempo mas franqueza y una animación mas expansiva y constante. Han sido unos bailes de buen tono, en toda la extensión de la palabra. Su éxito forma el mas cumplido elogio de los dignos individuos de la junta de gobierno del Liceo, á cuyos esfuerzos personales se ha debido tan brillante resultado. Y á la verdad no comprendemos la razón por qué algunas carretas se empeñaron en ocultarnos toda la noche el rostro de ciertas damas, entre las cuales algunas hubieran formado, con la cara descubierta, el mas bello ornamento de los salones del Liceo.

En tanto que el Liceo da suntuosos bailes de máscaras, la empresa del teatro de la Opera y la que tomó por su cuenta la ascension de Mad. Arban, siguen haciendo increíbles prodigios de actividad é inauditos esfuerzos por desempeñar de una vez su cometido. Y á la verdad, por lo que toca al primero de aquellos espectáculos, es imposible exigir una marcha mas rápida y mas segura. Ya tenemos empresa para el teatro de la Opera—se dijo en setiembre. Ya se ha disuelto la empresa del teatro de la Opera—se dijo en octubre. Se esta organizando una compañía de ópera—se dijo en noviembre. Ya está desorganizada la compañía de ópera—se dijo en diciembre. En este mes se abrirá el teatro de la Opera—se dijo en enero.—No está abierto el teatro de la Opera—se dice en febrero. A este paso ¿qué son los siglos comparados con el tiempo que se necesita para abrir un teatro de ópera? La eternidad misma seria un soplo para poder realizar dentro de ella una empresa de tanto bulto.

En cuanto á la ascension de Mad. Arban estamos por fortuna un poco mas adelantados.... de noticias. Sabemos positivamente que no se realizará la proyectada ascension. La causa consiste en un pequeño desacuerdo que existe entre el empresario y el público. El empresario dice que se debe ver la ascension desde dentro de la plaza, y el público dice que se contenta con verla desde afuera. El empresario insiste en aquella necesidad atendiendo á la divertidísima función que prepara, y á que como la señorita no puede elevarse á mas altura que la del tejado de la plaza, es imposible que se la vea no estando dentro de ella; pero el público dice que en cuanto á la función, la da por vista, porque al fin habrá de solazarse y desquitarse de este quebranto, cuando desde afuera vea á Mad. Arban yendo á perderse en la region de las nubes. De este desacuerdo entre el empresario y el público ha resultado la suspensión, ya definitivamente acordada, de este anhelado y tantas veces mencionado espectáculo.

La corte de España tiene rasgos muy notables, que marcan de una manera muy singular su cortesana fisonomía. En Barcelona, en Valencia, y en algunas ciudades de la Península, que tienen el carácter de subalternas, hay magníficos teatros, hay compañías de ópera, y esos espectáculos raros y sorprendentes suelen obtener buen éxito y favorable acogida. En la metrópoli no hay teatros, ni compañías de ópera, y fracasan de ordinario todas las empresas del género de la que nos ocupa. Ya lo hemos dicho dos veces, y lo repetiremos la tercera. Este suelo es muy frio para cierta clase de producciones.

A.

REVISTA DE TEATROS.

Fuera de las representaciones de *Isabel la Católica*, que comenzaron hace ya diez días, los teatros no han ofrecido nada nuevo en el discurso de la anterior semana.

El domingo 27 del mes pasado, el señor Bazzini dió su concierto de despedida en el Teatro Español. El eminente violinista fué escuchado con el entusiasmo y con la admiración de costumbre, y muy aplaudido por el esquisito gusto con que tocó todas las piezas de que se componía el concierto. También estuvieron muy felices y fueron muy aplaudidas las señoritas Landi y Luchesi. La concurrencia no fué numerosa; pero fué escogida. Componíase en su mayor parte de los inteligentes y de los muchos aficionados que el señor Bazzini cuenta en esta capital.

El drama del señor Rubí sigue dando muy buenas entradas al Teatro Español en sus continuadas representaciones. A pesar de los lunares que oscurecen el bello conjunto de esta obra, el público escucha siempre con gusto los inspirados pensamientos del autor de la *Rueda de la Fortuna* y de *Borrascas del corazón*. Y este resultado es natural, porque la última obra del señor Rubí es de un mérito indisputable. El pensamiento capital del autor ha sido, á nuestro entender, el de referir los gloriosos hechos del reinado de doña Isabel la Católica, donde mas resalta y se pone mas en relieve la alta inteligencia y la grandeza de espíritu, con que al par de otras muchas virtudes, brillaba la augusta magestad de aquella princesa. Llevando este pensamiento por norte, los diversos hechos que en el drama del señor Rubí figuran como mas notables no podían guardar enlace ni íntima conexión entre sí, so pena de subordinarlos unos á otros, falseando la verdad histórica, porque todos ellos son enteramente aislados é independientes. El Gran Capitán, esa notable figura del reinado de Isabel I, nada tiene que ver, históricamente considerado, con el inmortal Cristóbal Colón, descubridor del Nuevo Mundo: y ademas estos personajes para nada figuran en la conquista de Granada, que puso término á la larga dominación de los moros en España. Si todos estos hechos debían, pues, aparecer en el drama que se encargaba de representar á doña Isabel la Católica con el prestigio de que la rodean las glorias de su reinado, era indispensable esa falta de conexión que en la obra se nota, y que mas bien que un defecto del autor, nos parece un mal inevitable en el asunto que ha elegido para su drama.

Con el objeto sin duda de enlazar de alguna manera estas diversas, pero interesantísimas partes del todo que constituye su drama, el autor acreó á los dos héroes del reinado de doña Isabel, Colón y Gonzalo, por medio de una estrecha simpatía: y puso también entre los corazones de la reina y del Gran Capitán, para que estas dos interesantes figuras jugaran un papel mas interesante todavía á los ojos del público, que de ordinario acepta gustoso, y acoge benévolo el género de ficciones. Tal como nosotros hemos comprendido los sentimientos que enlazan á la reina y Gonzalo, el autor no ha querido ir mas allá de una fuerte y estrecha simpatía. Es, sin embargo, tan sagrada para la historia la augusta persona de doña Isabel I, que la crítica ha censurado con amargura lo que mira como una profanación del respetable nombre y de la memoria de la noble princesa de Castilla.

Por lo demás, ya lo hemos indicado mas arriba, la obra del señor Rubí tiene algunos lunares que acompañan su brillante conjunto. La brevedad de estos artículos no nos permite formar nuestra opinión para señalarlos. El desempeño de esta tarea exigiría un juicio crítico de grandes proporciones.

En tanto que el Teatro Español ha continuado poniendo en escena el espresado drama, los demás teatros han acudido á las funciones de Noche-Buena ó al antiguo repertorio, para hacer el gasto de la anterior semana. Es verdad que en todo el mes de enero ha estado sucediendo otro tanto. Una comedia nueva es un caso raro en el teatro de Variedades. Del teatro de la Cruz y del Instituto nada se diga, porque en estos ocurre muy rara vez un fenómeno semejante.

Anúnciase sin embargo algunas comedias nuevas en el teatro del Drama, y una función á beneficio de la Nena, de la perla de las bailarinas de Madrid, que se verificará en la noche del martes de la presente semana.

El Teatro Español también se dice enriquecido con algunas nuevas y excelentes producciones; entre ellas *Recaredo*, de la señora Avellaneda, y *El Feudo de las cien doncellas*, del señor Príncipe.

También dispone el Instituto la representación de una comedia nueva, titulada *Los huérfanos del Puente de Nuestra Señora*, para el beneficio del señor Pardo, que deberá verificarse en esta semana. También se está ensayando en el mismo teatro una piececita en un acto, del señor Bermejo, que lleva por título *Cenar á tambor batiente*.

Por último, parece que la compañía de Variedades se trasladará al fin al teatro de los Basillos, donde se prepara nuevas y variadas funciones con que sostener la brillante reputación que ha sabido adquirir.

A.

SEMANA RELIGIOSA.

CATEDRAL DE CORDOBA.

La catedral de Córdoba es un monumento extraordinario en su arquitectura, y célebre por los grandes recuerdos históricos que á ella están unidos; empero es mas notable bajo el punto de sus relaciones históricas, que bajo el de sus relaciones arquitectónicas.

No mirando en ella mas que una iglesia, el edificio no es bastante elevado para su inmensa estension en longitud y latitud. Parece esta catedral un oscuro jardín de troncos de mármol, levantados simétricamente de distancia en distancia, donde se ven dispersados algunos edificios en tan vastísimo espacio, formando el todo una inmensa mole, siendo estos edificios particulares el coro, la media naranja y las capillas laterales de la iglesia; parece tambien un inmenso paseo con árboles de mármol, el cielo de oro y las piedras talladas en delicadísimos encages.

Este extraordinario monumento presenta el resultado de la confusion de los siglos, de la confusion de los pueblos, de la confusion de las civilizaciones.

Es único y sin ejemplar en el mundo. La religion católica ha hecho en Córdoba con el mahometismo lo que Roma hizo con el panteismo; Roma se apoderó del Panteon, que se conserva intacto bajo la advocacion de Sta. Maria; Córdoba se apoderó de la *Mosquea* del grande Abderramen, y la salvó bautizándola; empero la mezquita antes habia pertenecido á otro culto, á religion distinta; era ya la heredera de dos templos, el de Jano en tiempo de los romanos, aquel dios de doble faz que miraba á lo pasado y al porvenir, aquel dios, cuyo templo no se cerraba sino cuando la paz mas profunda dominaba en los pueblos y despues de la espulsion de los romanos de España, los reyes godos alzaron una catedral cristiana. Tantas metamorfosis han producido un monumento extraordinario, original, sin copia.

La mezquita habia sido hecha por Abderramen en el siglo VIII. Mas tarde los cristianos han estendido el edificio, y han levantado el pavimento, que han cubierto de ladrillos, suelo poco digno por cierto de la magnificencia de aquel monumento; así es que la base de las columnas está enterrada bajo este grosero y moderno pavimento, haciendo perder en elegancia y ligereza á la parte superior del templo.

La mezquita de Abderramen era, dicen, dos veces mas grande que la catedral actual; empero nada justifica esta exageracion de los admiradores esclusivos de las obras de los árabes, siendo ademas muy difícil poder marcar lo que cada religion, lo que cada pueblo de los distintos que han dominado á Córdoba aportó á este singular monumento.

La iglesia tiene 620 pies de largo y 430 de ancho. El poderoso, el magnífico califa Abderramen quiso que su mezquita fuese el templo mas magnífico del islamismo, despues del de la Meca donde descansa el cuerpo del Profeta. Tiene 29 naves á lo largo, y 19 á lo ancho. Cerca de mil columnas, habiendo contado nosotros hasta 960, sostienen el techo; todas son de mármoles preciosos, las hay tambien de jaspe, y tienen pie y medio de diametro por 35 de elevacion; elevacion muy pequeña para una catedral, pero que denota el objeto primitivo para que fué destinada. El edificio entero presenta un gran cuadro, de los que un lado se abre sobre un inmenso claustro que parece un patio. Bajo el pavimento de piedra de este claustro hay una inmensa cisterna abovedada. Este patio es una de las grandes curiosidades de la catedral de Córdoba; es el que sirve de vestíbulo al templo, es el famoso patio llamado de los Naranjos, donde se ven estos preciosos árboles de un grueso y una antigüedad sorprendente; diríase que eran contemporáneos de los reyes moros, que se complacieron en ponerlos á la puerta de sus mezquitas, para embalsamar con las suaves y deliciosas emanaciones del azahar la entrada del templo de Alá.

Desde este bosque de naranjos se entra en el bosque de mármol, como al principio hemos llamado á la iglesia, experimentando una fuerte sorpresa al ver que el santuario tiene un techo; así es que en lo menos que se piensa al penetrar en este singular edificio es en una catedral. El cristianismo crea monumentos de un estilo mas grave, mas severo, tales como la catedral de Sevilla que hemos descrito en la *Semana* anterior; la catedral de Córdoba, mas que una iglesia, es un parterre oriental, es el palacio de una sultana favorita.

Figurémonos una esplanada adornada con 960 columnas antiguas poco elevadas, sosteniendo un doble orden de arcos árabes calados primorosamente, y tal es el aspecto primero que presenta la catedral de Córdoba. En medio de este laberinto sagrado de columnas se levanta la media naranja, cúpula elegante empero extraña enteramente á la arquitectura del edificio, y del género moderno, porque fué construida en tiempo del emperador Carlos V; pero los arcos de forma morisca que la sostienen, son de una grande elevacion y de maravilloso atrevimiento; ademas tiene adornos de esculturas finisimas, y preciosos mosaicos. El altar mayor es tambien obra del tiempo de Carlos V. Las puertas que dan entrada á la catedral son 17, todas cubiertas de esculturas de bronce de un esquisito trabajo. Cerca de la media naranja está el coro de los canónigos, cuya silleria está magníficamente esculpida en madera por un artista de Córdoba, Cornejo, que en cada silla ha representado un asunto del antiguo testamento: diez años costó al entendido artista concluir esta obra maestra. A poca distancia del coro se vé la modesta tumba del célebre escultor con una elegante inscripcion. Hay capillas en gran número estendidas por toda la catedral, y cada una tiene su mérito y carácter particular. Hay tambien muy buenos cuadros. Empero lo que mas llama la atencion es una capilla puramente morisca, donde se han conservado cuidadosamente todos los adornos y arabescos en el mismo estado en que los dejaron los descendientes del Profeta; á esta capilla enteramente musulmana solo se ha añadido un altar y una tumba. Allí se ve en toda su pureza el arte árabe; los encages de piedra bordados sobre el mármol, todo es puramente mahometano. Hay inscripciones árabes alrededor de la capilla, y refieren que allí era donde se conservaba uno de los originales del Koran, escrito en tiempo de Mahoma.

Cuando Fernando III conquistó la ciudad de Córdoba en 1236, purificó inmediatamente la mezquita y la consagró á Dios.

De cualquier punto que uno contemple esta catedral vé un cuadro pintoresco, animado, original é iluminado como por encanto, porque la luz se recibe por una multitud de pequeñas cúpulas que dan al edificio una fisonomía puramente oriental, poética. En lo alto de una de estas cúpulas nos enseñaron un cuerno de uno de los bueyes que se ocuparon en trasportar las columnas para la mezquita. Se enseña tambien al viajero sobre una de las columnas una cruz llamada la Cruz del cautivo, de la cual se refiere que un esclavo cristiano atado con las manos á la espalda en tiempo de los moros, la hizo sobre el mármol sin mas instrumento que sus uñas. Está conservada con una pequeña verja de hierro.

La catedral de Córdoba está muy distante de ser una catedral como la de Sevilla, la de Milan, la de Burgos y otras; pero si no tiene tanta gravedad y magnificencia, tiene en cambio la fisonomía extraordinaria y singular que le da el haber sido en el transcurso de los siglos, templo del paganismo, templo de los cristianos, mezquita de los árabes, y otra vez morada del verdadero Dios.

CONDE DE F.

SEMANA CIENTIFICA.

NÁPOLES.—CASTILLO DE SAN TELMO.

Nápoles ó *Neápolis* es la capital del reino de Irs Dos Sicilias, situada en la *Terra di Laboro*. Su poblacion es de 337,000 habitantes sin contar los extranjeros, cuyo número es harto considerable. Los antiguos la daban el nombre de *Otiosa*; en el dia, aun cuando la historia menciona mas de cuarenta revoluciones en la poblacion de Nápoles, se la llama *Fidelissima*. Por su situacion topográfica, su poblacion y la riqueza de los tesoros de toda especie que encierra, Nápoles puede ser contada en el número de las ciudades mas bellas é importantes del mundo. Se presenta con una real magnificencia sobre la pendiente inclinada de una costa que bañan las aguas de un golfo magestuoso, del seno del cual salen á poca distancia las risueñas islas de Capri y de Ischia. A la derecha está perpetuamente guardada y amenazada por el Vesubio, que muge cuando no vomita torrentes de lava inflamada; á la izquierda se apoya sobre los últimos ramales del monte Pausilippo, y no parece jamás fatigada de los festejos siempre renacientes, de una vida que se concreta en encantar y embellecer.

El moderno napolitano está tan orgulloso de su patria, que en su poético entusiasmo la llama un fragmento del cielo caido por descuido en la tierra. ¡Ver Nápoles y morir! dicen en su ardor patriótico. (¡Ver di Napoli è poi morir!) Y con efecto, es preciso verla para conocer que no ha existido un pais mas favorecido con los dones de la naturaleza. El aire es dulce y atemperado por la inmediatecion del mar, cuya azulada superficie atrae y cautiva nuestras miradas, al mismo tiempo que su seno contiene tesoros de toda especie. Los campos están siempre florecientes, cubiertos de ricos cereales, de árboles frutales; allí el pueblo es activo y laborioso, pródigo de su trabajo, avaro de sus palabras, y amante de secundar con su inteligencia la accion benéfica de la naturaleza. En esta ciudad, tanto de dia como de noche, todo es vida y movimiento. La calle de Toledo, la mas grande, la mas hermosa de todas, presenta el espectáculo animado y gozoso de una feria perpetua que llena en todo tiempo una multitud compacta al través de la cual se transita no sin trabajo, y sobre todo no sin riesgo de ser derribado y atropellado por los rápidos *curricoli* (coches de un caballo) que corren en todos sentidos.

El puerto, que dicho sea de paso, no es muy vasto, está continuamente lleno de bageles que arriban de todas partes del globo. El malecon está en toda época cubierto de personas que les llevan allí sus asuntos particulares, ó de personas desocupadas que se estacionan en este parage con cierta placentera curiosidad para ver delante el teatro del polichinela, las vueltas de algunos saltimbanquis donde cantan, peroran y trabajan algunos cómicos dela legua, pobres, cantores é improvisadores. La alta sociedad aparece de noche

recorriendo las calles de Santa Lucia y de Chiacia; esta última calle es particularmente notable por el esplendor de los suntuosos palacios que la rodean, y delante de los cuales, cerca de la mar, se estiende *Villa Reale*, el jardín real. En ninguna parte se vé mas bello panorama que el que ofrece á la mirada encantada, el aspecto de la mar hasta el pie del Vesubio, y hasta las bellas y risueñas costas de Sorrento. Lo que convierte á Nápoles y á sus cercanías en uno de los objetos mas á propósito para impresionar á los viajeros, es el curioso contraste de aquella rica naturaleza, de aquella vida activa de un pueblo moderno, y los numerosos y espléndidos monumentos antiguos que han sobrevivido á los siglos, y en medio de los cuales se agita con toda la ligereza y el descuido de nuestros tiempos. El viajero cuando llega de Florencia ó de Roma, y en ambas ciudades ha sido admitido para contemplar las obras maestras del arte antiguo, si encantado todavia con aquellas ruinas encuentra á Nápoles, es menester decirle que ha observado pocos objetos de este género; en las construcciones modernas halla raramente la belleza y el arte. Aquella naturaleza llena de vida, parece haber egercido una influencia especial sobre el mismo arte, y dado á su estilo un carácter por demas extravagante; estas reconvenções pueden dirigirse con razon, sobre todo á la arquitectura napolitana. Esceptuando la casa de hacienda en la calle de Toledo, no conocemos en Nápoles ningun monumento arquitectónico importante que ya en la parte exterior ya en la interior, no lastime desagradablemente nuestra vista, ora por una superabundancia de testable de ornamento y de esculturas, ora por una unidad y una deformidad deplorables. La escultura y la pintura no son tampoco los géneros que aparecen allí mejor tratados; pero no podemos decir otro tanto de la música. En ningun tiempo ha carecido Nápoles de compositores distinguidos; sin embargo, desde la muerte de Paisiello ningun genio se ha presentado cuyo nombre haya alcanzado una grande celebridad.

Los hermosos monumentos de Roma, los obeliscos y las fuentes han sido imitadas por los napolitanos, pero de una manera poco afortunada, y estas imitaciones no pueden bajo ningun concepto compararse á la obra maestra de los artistas romanos. Las inscripciones públicas, especialmente las coetáneas á la dominacion de los españoles aparecen bajo un estilo ampuloso, y caracterizan aquella jactancia oriental que siempre ha prevalecido en España. Hay en Nápoles 122 iglesias, de las cuales ninguna es notable por la belleza de su arquitectura; la mas importante es la catedral, levantada bajo la advocacion de San Javier; hay tambien 130 capillas y 149 conventos; la iglesia de San Javier fué construida en 1299, conforme á los planos de Nicolò Pisano; no obstante han hecho cuanto han podido para borrar todo lo que podia ofrecer de bello su carácter gótico. En una capilla subterránea debajo del coro está enterrado el cuerpo de San Javier. Su sangre la tienen conservada en una redomita depositada en la magnífica capilla del tesoro, donde se ven cuatro hermosos cuadros de altar del Dominiquin. Generalmente se ha pretendido reconocer como la mas bella la iglesia de *Il Gesu novo*; al menos su cúpula es la mas magestuosa. Esta iglesia merece sin embargo la reconvenção que se hace á las demas, la de estar sobrecargada de ornamentos de mal gusto.

Si las cercanías de Nápoles son verdaderamente maravillosas y nos hacen caminar de sorpresa en sorpresa, la mar no ofrece menos encantos y sitios pintorescos. Una escursion por el golfo de Nápoles, á lo largo de las costas ó por las islas, es uno de los mas vivos recreos que puede proporcionarse el viajero. Las escursiones mas cortas tienen por límite el Lazareto, Nísida, Prócida é Ischia: la admirable Capri es la mas distante de estas islas. En todos estos lugares, viñedos sobrecargados de frutas, jardines deliciosos y florecientes, campiñas fértiles, valles pintorescos y risueñas aldeas, se confunden para hacer una residencia deliciosa y llena de poesia. Pasemos ahora á tratar de otros edificios de distinta índole, y por lo tanto de diferente importancia.

Existen tres fortalezas de importancia en Nápoles: el castillo del *Huevo*, el castillo Nuevo y el castillo de San Telmo; á estos es preciso añadir el torreón del Carmen, fuerte situado en las márgenes del mar, cerca de la célebre iglesia del Monte Carmelo, y el primero de que se apoderó Masaniello.

Tanto el castillo del Huevo como el castillo Nuevo, fueron construidos con el objeto especial de proteger á la ciudad de los ataques por mar; pero el castillo de San Telmo ha sido mas bien un instrumento de poder del gobierno para contener á un pueblo turbulento, que como medio de defensa contra los enemigos exteriores.

El castillo del Huevo está situado en la esplanada de una ciudad que perteneció en otro tiempo á Lúculo, y que estaba á la sazón sobre el continente. Un temblor de tierra le separó de allí y formó una especie de isla, llamada Megaris por Plinio y Megalia por Stace.

Desde aquella época fué construida una fortaleza en el mismo sitio, que llevó el nombre de *Castrum Luculum*. Aquí el jóven Rómulo Augustulo, último emperador romano, fué relegado por Odoacres, rey de los hérulos, y primer rey de Italia en 476. Guillermo I, segundo rey de Nápoles, hizo construir allí en 1154 un palacio, que fué en seguida fortificado y puesto en estado de defensa por el emperador Federi-

co II en 1221. Esta fortaleza comunica con la ciudad por medio de una tirada ó tránsito de 230 toesas de longitud, que corta un puente levadizo. Debe su nombre á la forma ovalada de la roca sobre la cual aparece construida.

El *Castello Nuovo* está situado en las márgenes del mar y frente por frente del muelle que le sirve de defensa. Lo macizo de su centro, y las empinadas torres de que se presenta flanqueado, fué edificado por los años de 1283 por Carlos de Anjou, queriendo emplear en su construcción la misma forma y contestura que

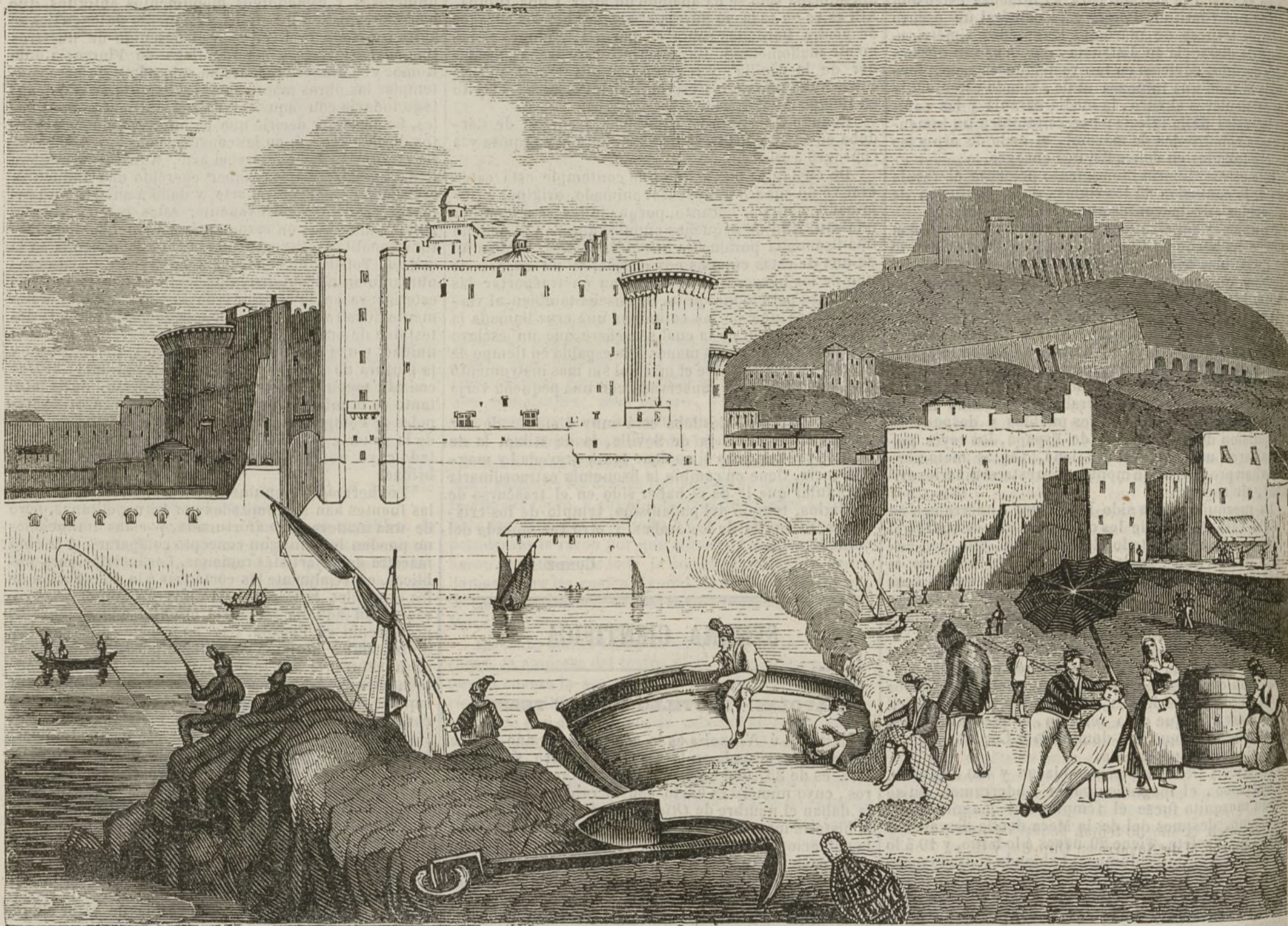
les, y que con gran sentimiento suyo ha ido desapareciendo por los progresos de la civilización, por los accidentes desagradables que motivaba.

Pero hablemos de la principal fortaleza de Nápoles, y que forma el asunto de nuestro grabado, vista tomada desde la punta del muelle, y que representa la fortaleza elevándose encima de los bastimentos de la ciudad.

El castillo al cual la mayor parte de los viajeros dan equivocadamente el nombre de San Telmo, lleva realmente el de San Ermo, diminutivo de San Erasmo; nombre que trae su origen de una capilla dedicada á

Los franceses se encerraron en esta fortaleza cuando el cardenal Ruffo armó á los calabreses, y á la cabeza de las bandas nacionales tomó este reducto.

Dos reinas, ambas llamadas Carolinas, buscaron en el castillo de San Telmo un refugio contra el furor del soldado y del pueblo. Carolina de Borbon salió de este recinto en medio del día disfrazada de religiosa para ir al puerto donde le esperaba una nave que la llevó primero á Venecia y después á Trieste bajo la protección de los oficiales austriacos. Carolina Murat salió de allí á media noche disfrazada de pescadora; subió



Castillo de San Telmo, en Nápoles.

tiene la Bastilla de París construida pocos años antes.

Las fortificaciones exteriores que forman un cuadro de cerca de 200 toesas en todos sentidos, fueron comenzadas por Alfonso I de Aragon, por los años de 1500, continuadas por Gonzalo de Córdoba, y terminadas por Pedro de Toledo, que hacía el año de 1546 añadió allí dos grandes reductos.

Después de que se pasan las primeras fortificaciones, se ve á la izquierda de una especie de plaza de armas y entre dos torres un arco triunfal elevado por la ciudad de Nápoles en ocasión de la entrada de Alfonso: todo él es de mármol adornado de infinitas estatuas y bajos relieves de un trabajo mediano, representando las acciones del príncipe. Esta es obra del P. Martino de Milan, que era á la sazón arquitecto del rey Alfonso; es un monumento precioso para la historia del arte, pues se encuentran pocas cosas semejantes de aquel siglo en toda la Europa.

Cerca de este arco existe una puerta de bronce, decorada de bajos relieves, donde aparecen representadas las hazañas del rey Fernando I de Aragon; véase colgada una bala de cañón en una de las hojas; esta puerta proporciona salida á la plaza de Armas, donde se halla la entrada de la iglesia de Santa Bárbara, y de un grande salón que puede contener muy bien el equipo de veinte mil soldados.

Hay un salón recientemente construido, que tiene todavía mas estension, y que puede conservar armas para sesenta mil combatientes.

Como este castillo servía en otro tiempo de habitación á los soberanos, no es extraño observar que se respira en este paraje un aire de grandeza que no se encuentra en las fortalezas ordinarias. Puede fácilmente contener una guarnición de tres mil hombres, y teniendo comunicación con el palacio del rey, puede servir de retiro en caso de una conmoción.

En la plaza del castillo Nuevo se daba en otro tiempo el famoso asalto de la cucaña, juego al cual son muy aficionadas las gentes del pueblo bajo de Nápo-

este santo. Está construido sobre una roca elevada al Nordeste de Nápoles que enteramente domina. En otro tiempo no era mas que una torre erigida por los príncipes normandos, y Carlos II la convirtió en una fortaleza, á la cual añadió nuevas fortificaciones en 1518, cuando Nápoles fué sitiada por Lautrec. Carlos V hizo de ella una ciudadela, que Felipe V embelleció con nuevas obras. El conjunto de este edificio presenta hoy un exágono de cerca de 100 toesas de diámetro, compuesto de murallas muy elevadas, con fosos, minas y contraminas que la circuyen. En medio del castillo hay una plaza de armas muy vasta con una formidable artillería, manteniendo allí ordinariamente una numerosa guarnición.

La situación de este edificio es verdaderamente magnífica, la vista domina desde allí á un tiempo todo el conjunto de Nápoles, aquel admirable golfo al cual nada puede compararse en el mundo, si no es al Bósforo de Constantinopla; aquellas hermosas colinas de Pausilippo y de Capo di Monte, y aquella fértil campiña que mereció el nombre de *feliz*, y que se dilata hasta Caserta. Se distinguen á lo lejos los montes Tifatinos, y detras de ellos la magestuosa cordillera de los Alpes, sobre la cual se destaca la humeante cima del Vesubio.

Al pié del volcan y á orillas del golfo aparecen las deliciosas aldeas de San Juan, Pórtici, Resina, de la Torre del Greco y de la Anunciata. En fin, aquella admirable perspectiva termina con las montañas de Sorrento y de Vico, el cabo Masa, y con las islas encantadoras de Nísida, de Ischia, de Prócida y de Capri. El alma maravillada con este brillante espectáculo envidia la suerte de los veteranos, de aquellos inválidos que han encontrado en la indicada fortaleza un refugio, una existencia sossegada y tranquila; pero bien pronto desaparece esta ilusión de ventura cuando se camina un poco mas y se vé el edificio de San Martín que sirve de hospital militar.

en un carruaje que en pocas horas la llevó á la frontera y evitó la muerte que le amenazaba.

SEMANA JUDICIAL.

CAUSA CONTRA DON ALVARO DE LUNA.

(Continuacion)

En el año 1446 selló tambien con su sangre la lealtad acrisolada que á su soberano profesaba. Todavía estaba por el de Navarra la villa y el formidable castillo de Atienza, defendido por 230 caballeros y 300 peones, abastecido de víveres, y á un largo asedio preparado. Reconoció don Alvaro, y le quedó cercado, y el campamento para el rey, con quien volvió y comenzó á operar sin mas que 600 hombres de armas, supliendo á todo su valor é infatigable actividad, y multiplicando sus fuerzas su talento y vigilancia. A costa de muchos y muy recios combates ganó palmo á palmo los arrabales, llevando en todos lo mas arriesgado de la pelea, y contentiendo, solo, una vez á los sitiados. Porque comenzase á entender de guerra hizo venir á su hijo don Juan, de 10 años, y le dió lugar entre su gente. Lleno de ardimiento penetra en otro ataque en el castillo, y le salvan de una muerte cierta cuatro de sus pagés á quienes habia hecho aquel día y armado de caballeros, y le siguen viéndole solo. Herido en la cabeza y el hombro, todavía porfiaba en no retirarse, cediendo al fin á sus denodados mancebos, y yendo tras ellos, como siempre, pues siempre se apartaba del campo el último cubriendo á los demás. Un enemigo le detuvo agarrando la rienda, y le cortó el brazo. Sin querer ser curado mas que de primera intención, volvió á la lid, y quedó dueño de toda la villa, y do-

minando el castillo, y cegando los pozos de que los circuitos se surtian. Mucha y muy animosa gente de ambas partes costó aquella serie de encarnizados combates. Intimado que le hubo en persona don Alvaro al del castillo su entrega, y desechada su propuesta de suscribir á cualquier trato que se hiciese con el rey de Navarra, á quien no podía faltar, voló don Alvaro las minas que dirigió, derruyendo parte de los muros y matando á muchos de los sitiados. Apurados, desalentados y faltos de agua, echaron desjarretados para que no sirviesen los caballos, y en vez del socorro que pudieran, vinieron embajadores á cuyas condiciones cautelosas se opuso don Alvaro, entregándose por fin la fortaleza, que el rey aportilló.

Casi enteros se pasaron los años 47 y 48 en tomar don Alvaro los castillos del conde de Alba, y otros señores, siendo en algunos tan porfiada y tenaz la resistencia que hicieron necesaria la artillería de batir.

A instancias del rey fué á reposar un poco á su magnífica casa de Escalona, descuidada y su familia por la agitación de los tiempos. Allí recibió á los reyes que la honraron ocho días, admirados y su comitiva de la suntuosidad de su palacio, de la riqueza y del gusto de su adorno. Dignas fueron de huéspedes tan ilustres las cacerías y las danzas, las justas y torneos y convites con que fueron obsequiados, y quizás no faltaria quien mirase con envidia los vasos y cántaros de oro esmaltado guarnecidos de piedras preciosas y otros efectos de inestimable valor, regalo muchos de ellos de soberanos y ciudades.

Escápase de su prision el conde de Benavente, y llama el rey á don Alvaro, que se encarga de vigilar las fronteras de Aragon, mientras persigue el rey á su cuñado.

Un año despues viene sobre Cuenca con 1,000 ginetes y 3,000 peones el hijo bastardo del rey de Navarra; pide la ciudad socorro á don Alvaro, y sin arredrarse por lo escaso de su fuerza, 80 ginetes y 300 hombres de armas, se acerca á marchas forzadas, contrariado por el tiempo, y huye el invasor á la fama de su nombre, única cosa con que contaba el condestable, y cuyos soldados iban estropeados por la sierra y descontentos, contenidos solo por el ejemplo y las razones de don Alvaro. Seguido el bastardo don Alfonso por los de Cuenca, metióse en Aragon con su padre, que se le unió en Albarracin.

Alzase Toledo por el príncipe, apaciguado don Alvaro, faltase al convenio, y escribe al rey, que cercaba á Benavente sobre la urgencia de reducir la ciudad imperial. Viene, y unido á don Alvaro la sitia. Aquí también, teniendo tan poco que desear, aventura su vida en términos que tuvo el rey que socorrerle, arrojado temerariamente entre los rebeldes. Consterados con la mortandad de aquella jornada, piden auxilio al príncipe, y este ruega á su padre alce el real comprometiéndose á tener la ciudad á su servicio, temiendo la justicia de don Alvaro los defensores. Así fué con acuerdo de don Alvaro, que otra vez agasajó al rey en Escalona.

Todavía en el año 50 tenían poder algunos de los que se unieron al de Navarra en Olmedo, y don Alvaro aconsejó al rey el completo olvido de lo pasado, y la restitucion de todos sus bienes á los grandes. Insuficiente á la sazón el poder real para anular el de estos, no había otro medio, á su juicio, de asentar sobre sólidas bases la tranquilidad de que tanto había menester el reino que obligar por la gratitud á temibles enemigos. Adoptada tan prudente medida política, muchos espatriados debieronle la posicion que recombraron.

Apaciguó con su ascendiente el disturbio entre el príncipe y sus servidores en Segovia por motivos livianos, y el motin de Salamanca, á donde fué con el rey, á quien otra vez hospedó dignamente en Escalona.

La sorda agitación que el ambicioso sucesor de la corona mantuviera en Toledo, y la importancia entonces de esta ciudad, indujéronle á estar á su vista por contenerla. Alármase el príncipe de su aproximacion con el rey, y se introduce con su gente. La sagacidad y astucia del maestro, no las armas, consiguen la inmediata entrega lisa y llana de ciudad tan disputada, si bien á costa de la alcaldía del castillo de Burgos al conde de Plasencia, á quien miraba mal desde que abandonó su puesto en la guerra contra los moros por unirse á los descontentos que se levantaron en el reino.

Otro hecho notable tuvo lugar el año 51. Sedientos de honores y riquezas y mando el maestro de Calatrava, y el marqués de Villena su hermano, pedian mas por conducto del príncipe cuanto mas obtenian. Sin que nada bastase á su ambicion, irritábase su protector por justos que fuesen los obstáculos, y don Alvaro, temiendo un formal rompimiento entre padre é hijo, de que tantos males podrian venir al reino, obtuvo una entrevista de los cinco. No se habian visto mucho hacia el rey y el príncipe. Recelosos los hermanos, tuvo el condestable que darles mil seguridades para que fuesen á Tordesillas, y despues de varias conferencias, y para mayor firmeza y estabilidad de lo pactado, se juró con desusada é imponente solemnidad en el convento de Santa Clara. Presentes á misa mayor el rey y el príncipe, don Alvaro, el maestro de Calatrava y el marqués de Villena, toda la corte, y un publico numeroso, leyéronse los capitulos alzados el cuerpo de Nuestro señor Jesucristo, y el celebrante, con él en las manos, tomó á cada uno juramento. Entregada Toledo, dió el rey la tenencia, y el nombró en su lugar alcaide.

Tomo 1.

En vano don Alvaro arriesgaba de continuo su vida apagando sediciones con su política ó su brazo. Sembrantes á la hidra Lernéa, parecia surgir de la estincion de una tantas como cabezas renacian al monstruo de la fábula. Tan encarnada estaba en aquellos tiempos la rebelion, y tan menguado era el poder real, atacado incesantemente por la nobleza ambiciosa y turbulenta!

Por causa del almirante de Castilla, de cuyo genio revoltoso se dijo «que non menos seria posible quitarle el bollicier que á la gallina el escarbar,» entró el príncipe en Navarra con el marqués de Villena. Sabedor el rey, y comprometido su hijo, fué en su ayuda contra el parecer de don Alvaro que se ofreció á arreglarlo, y se volvió desde Estella, mas á instancias del condestable que del príncipe de Navarra don Carlos.

Vió el año 1432 correr como otros la sangre generosa de don Alvaro. Devastaba el almirante de Castilla las tierras inmediatas á las suyas de Palenzuela, y fué preciso reducirle y asegurarlas. Tomó don Alvaro la villa, y un día salvó personalmente al rey que se adelantó inermes é imprudente, y que fué envuelto de improviso, tornándose en completa derrota de los sitiados la que contaron señalada victoria. En otro de los empuñados ataques que sostuvieron los cercados, fué mal herido en un brazo, cuyo accidente ocultó hasta estar todos en el campamento. Mejorarlo, trató con el gobernador del castillo, y se rindió, retirándose con el rey don Alvaro á su villa de Portillo.

Una composicion le dirigió con motivo de su herida el famoso poeta y cronista del rey Juan de Mena, cuyo sepulcro hemos visto en Torrelaguna, y que daremos á conocer como muestra del versificar de aquel tiempo

Pues por fazañas buenas
Se vos debe mucha gloria,
Rescibid vos la historia
De vos mismo por estrenas, (1)
Que es bien digna de memoria.

La cual en toda Castilla
Durará hasta la fin
Sin comerse de polilla.
Nin gastarse del orin;

Cá los días nin la muerte
Nunca pueden hacer menos,
Nin otro caso mas fuerte
La grand fama de los buenos.

En fechos de vos fallastes
Haber quedado sangriento
Si, pero nunca sacastes
Feridas sin vencimiento;

Cá tomastes por oficio
De vos dar con grand bondad
A virtud é lealtad
Otro cuerpo en sacrificio.

Devos Dios, pues que vos ama
Conservando la persona,
Mucha gloria con grand fama,
E en el cielo la corona:

Animo siempre derecho,
Por que vos pueda ser
Mas notable que lo fecho.
Lo que queda por hacer.

(Se continuará.)

CAUSA SOBRE SUPLANTACION DE BILLETES

PARA LA FUNCION.

DE LA LUCHA DE FIERAS.

Acaba de fallarse en la audiencia territorial de Madrid un proceso que, aun cuando no ofrece en su tramitacion esas escenas dramáticas que producen generalmente los grandes crímenes ó las pasiones exaltadas del corazon humano, ni despierta en los ánimos el terror y la compasion que lleva siempre consigo el sacrificio de esas victimas ilustres y desgraciadas que personifican un sistema ó representan una época en la historia de las naciones, merece no obstante los honores de la publicidad porque le hace famoso el objeto que le sirve de base, y porque las especiales circunstancias de los procesados dan al suceso un carácter y fisonomía particular que permite calificarlo mas bien que de verdadero delito de una imprudencia, ó lo que vulgarmente suele llamarse una calaverada mas temeraria que criminal.

Nadie ha olvidado en Madrid la ansiedad y entusiasmo que despertó en los ánimos de todos sus habitantes el pomposo anuncio que se hizo en los periódicos en agosto del año anterior, de presentar en la Plaza de los Toros, el espectáculo nunca visto en España de una *lucha de fieras*. No solo la capital del reino, sino la España entera se sintió movida de un irresistible impulso de curiosidad y sorpresa, al saber que iba á celebrarse en Madrid una funcion tan extraordinaria, que al decir de sus inventores, habia de renovar entre nosotros aquellas sangrientas y pavorosas escenas del circo de la antigua Roma. Hablábase en Madrid en aquellos días del próximo espectáculo, como de un acontecimiento futuro de grave importancia. Los serios asuntos de la política cedieron por algunos días á la funcion de la *lucha de fieras*, el alto privilegio de ser el objeto de las conversaciones públicas de todos los círculos de la sociedad madrileña; las autoridades

(1) Alude á la época en que fué herido, por Año Nuevo, en que se solian dar las estrenas.

y el gobierno mismo, descendiendo de su altura, se ocuparon de las condiciones y pormenores que habian de presidir y acompañar al espectáculo, y hasta á S. M. la reina se le hizo tomar parte en él, presentando al circo algunos ciervos de sus bosques, para dar mas aliciente y amenidad á la funcion.

Las personas que, escitadas por las ofertas maravillosas de un extranjero sagaz y astuto, concibieron la idea de hacer un buen negocio con la expectacion y credulidad de un público sencillo y novelero, se dieron muy buena maña para despachar, algunos días antes de la funcion, todas las localidades de la plaza, á pesar del subido precio que les fijaron. Multitud de personas que ansiaban ser testigos de la tan celebrada lucha, se quedaron sin billetes, y ó hubieron de resignarse con anticipacion á la entonces triste idea de no presenciar el espectáculo, ó tuvieron que hacer considerables sacrificios á la codicia de los revendedores de billetes, obteniendo á cualquier precio una localidad en la plaza.

Entre las personas que, ó no pudieron obtener localidades, ó no quisieron recibir la dura ley de los revendedores, figuran los cinco sugetos á quienes se ha procesado en esta causa. Jóvenes todos y no muy sobrados de juicio, y ansiosos de satisfacer la viva curiosidad que entonces agitaba en Madrid los ánimos, concibieron la vispera de la funcion el loco proyecto de asistir al espectáculo, fingiendo cierto número de billetes, á cuyo favor pudieran penetrar en la fiesta con algunos de sus amigos, reservando otros pocos para espendarlos, y tener con su producto, segun ellos mismos lo declararon, una comida de fonda el día de la funcion. Para realizar este pensamiento mas insensato que criminal, se pusieron de acuerdo, segun aparece en la causa, tres de los que figuran en ella como sus principales autores, el grabador don José Robles, el editor de obras literarias don Manuel Alonso, y el escritor público don Ramon Rodriguez de la Barrera, contando para despues con el auxilio de sus amigos, el impresor don Manuel Alvarez y el tallista don Agustin Pardo, que tambien han sido encausados con los tres primeros. Distribuidas sus respectivas operaciones entre los procesados Robles, Alonso y Barrera, segun su disposicion y conocimientos, el primero como grabador tomó á su cargo el abrir en madera los cuños para las marcas y contraseñas de los billetes, el segundo se comprometió á hacer la impresion de los mismos en el establecimiento tipográfico de don Manuel Alvarez, y el tercero se ofreció á gestionar la venta de los sobrantes para la comida de fonda, valiéndose de su primo don Agustin Pardo. Llevóse á cabo por desgracia el imprudente proyecto concebido en un momento de irreflexion y de locura.—Robles hizo los troqueles, Alonso y Alvarez imprimieron los billetes estampándoles las señas y marcas necesarias, y Rodriguez de la Barrera en union con Pardo, comenzaron á practicar diligencias para la espendicion de algunos de aquellos, pero sin que haya datos suficientes en el proceso para creer que se realizase la venta.

En tal estado el asunto, y sabedora la autoridad de la existencia del fraude, se presentó de improviso en la casa de don Manuel Alonso y don José Robles, calle de la Montera, y sin el menor obstáculo, ocupó los referidos billetes, que, como queda dicho, no habian llegado todavía á espendirse. En su consecuencia fueron reducidos á prision los cinco procesados y se les recibió su declaracion indagatoria, acreditada previamente la falsedad de los billetes ocupados, por medio de las declaraciones del impresor don Antonio Mateis que habia hecho los legítimos, y del encargado de la plaza don Luis Arias.

Los procesados manifestaron en sus declaraciones una sinceridad y franqueza que jamás se ven en los tribunales de justicia. Los tres primeros declararon que de comun acuerdo habian convenido en realizar el fraude, y los dos últimos Alvarez y Pardo, que, aun cuando habian tomado tambien parte en ciertas operaciones del negocio, ignoraban de buena fé la falsedad de los referidos billetes.

En la confesion con cargos, contestando á los que se les hicieron, manifestaron sustancialmente lo dicho en sus respectivas declaraciones, añadiendo Robles, Alonso y Barrera que reconocian francamente la falta que habian cometido, pero que no creyeron que fuese un verdadero delito, ni su idea fué tampoco defraudar á nadie con los billetes. Los otros dos procesados Alvarez y Pardo se limitaron á manifestar, el primero que si los imprimió en su establecimiento fué creyendo que eran legítimos, pues él como impresor no estaba segun la ley obligado á averiguar la legitimidad ó falsedad de los originales que se le presentaban, y el segundo reprodujo su primera contestacion, de que habia procedido con la mejor buena fé en los pasos que diera para la venta de los billetes, y que esto se probaba en el mero hecho de haber invitado á los mismos revendedores á que se acercasen al despacho de billetes, y comprobasen allí la legitimidad de los que él les ofrecia en venta, que al fin no tuvo efecto.

La ingenuidad y sencillez con que los cinco procesados refirieron el hecho, aceptando los tres primeros la responsabilidad legal que por su falta pudiera haberles, no les produjo en primera instancia el favorable resultado que se habian propuesto; pues pasada la causa al promotor fiscal del juzgado, el señor Muñiz Alaiz, formuló este contra ellos una acusacion terrible, dando al proceso un exagerado carácter de gravedad á importancia, y pidiendo seis años de prision para Robles Barrera, Alonso y Alvarez, y uno para Pardo.

El defensor de los procesados en primera instancia

44 x

contestó á la acusacion fiscal en un razonado y estenso escrito, manifestando que las penas solicitadas por el representante de la ley eran improcedentes, porque ni el delito tenia el carácter de gravedad que se le habia atribuido, ni con él se habia hecho daño ni perjuicio alguno, no habiéndose expendido los billetes, y por último que el fraude de que se acusaba á los procesados, era una ligera falta mas bien, que un verdadero delito, que mereciese las severas penas solicitadas por el fiscal, y mucho menos tratándose de sujetos como los acusados, que tenian á su favor la espontaneidad con que habian confesado y reconocido su yerro, y los honrosos antecedentes de una conducta moral irreprochable: y que por lo tanto debia absolverse á los tres primeros, declarándose bastante pena á los dos últimos la prision que llevaban sufrida.

A pesar de las poderosas razones contenidas en la defensa de los reos, el juez del distrito del Prado don José María Montemayor, condenó á los tres primeros á cuatro años de prision y multa de 150 duros; á 18 de igual pena y multa de 50 duros al cuarto; y á 8 de la misma al quinto, todo conforme á los artículos 211, 222 y 438 del Código penal. Los procesados se alzaron inmediatamente de esta sentencia, en la que se les trataba de un modo tan severo y riguroso, calificando el hecho de una manera contraria á su naturaleza, y dando á los artículos del Código penal que en aquella se citaban una aplicacion equivocada y violenta.

El licenciado señor Pareja de Alarcon, defensor de los cinco procesados en segunda instancia, examinando detenidamente la cuestion en el terreno de la filosofia y del derecho, procuró demostrar en el escrito de agravios, que el fraude de que se trataba no era propiamente un delito, porque le faltaba uno de sus caracteres esenciales, que es el daño causado á la sociedad ó á un tercero; manifestó tambien que, atendidas las circunstancias del hecho, su naturaleza y objeto, debia castigarse simplemente como una falta, imponiéndose á los tres procesados que resultaban espontáneamente confesos una multa de 5 á 15 duros al tenor de lo dispuesto en los artículos 473 y 475 del Código penal, y absolviéndose á los otros dos el impresor Alvarez y el tallista Pardo, contra quienes no resultaba en autos que hubiesen tomado en el fraude una intervencion maliciosa.

El fiscal de S. M. apoyó la pretension del escrito de agravios, respecto á los procesados Alvarez y Pardo, pidiendo se redujera la pena de Rodriguez la Barrera á algunos meses de prision, y que se confirmara la sentencia apelada en orden á Robles y Alonso. Señalado dia para la vista de la causa, tuvo lugar este acto público el 18 del corriente, en la audiencia territorial, con asistencia de varias personas que, movidas de la curiosidad, deseaban conocer este proceso, y saber cual era el delito de los acusados, á quienes con tanta dureza habia tratado la prensa periódica en los primeros dias de la formacion de esta causa, previniendo contra ellos de un modo indiscreto y poco prudente el ánimo de los tribunales y el voto de la opinion pública.

Antes de entrar el defensor en el fondo de la causa, manifestó á la sala que el tribunal de primera instancia, á pesar de su justificacion y laudable celo, habia cometido una grave equivocacion en el fallo del proceso, dándole un carácter de delito que no tenia, y aplicándole fundado en este error, artículos del Código penal, que bajo ningún concepto le correspondian, y que esto era tanto mas sensible y doloroso, cuanto que recaia en personas, como los procesados, que aunque en un momento de irreflexion hubiesen tenido la desgracia de deslizar en la senda de sus deberes, no por eso dejaban de ser hombres honrados y buenos ciudadanos.

Entrando despues en el debate judicial, hizo ver el defensor que el artículo 211 del Código que se citaba por el juez inferior en la sentencia apelada, no era aplicable al caso que se debatia; pues en aquel se penaba la falsificacion de los sellos, marcas y contraseñas de los establecimientos de industria ó de comercio, y que la empresa de la lucha de fieras, formada para un solo objeto, que nacia y moria en un mismo dia, no podia lógicamente llamarse establecimiento industrial ó mercantil, careciendo de las bases de solidez, duracion y permanencia, que deben caracterizar á todo establecimiento para que pueda decirse tal. Respecto al artículo 222, tambien manifestó el defensor que era inexacta y arbitraria la aplicacion que de él se habia hecho á este proceso; puesto que dicho artículo se referia al 220, en el que se trata de la falsificacion de documentos, y los billetes para una funcion no pueden llamarse propiamente tales, y si solo un signo convenido de antemano, para penetrar por su medio en un lugar determinado.

Resultando segun las doctrinas del defensor, respecto al fraude ó suplantacion de los billetes, que ni el artículo 211 ni el 222 en sus referencias al 220, podian aplicarse en justicia á los tres primeros procesados: examinó la cuestion en otro terreno, y manifestó al tribunal, que por razones de una filosófica y equitativa analogia, podia fallarse el proceso conforme á los artículos 473 y 475 del Código, imponiendo á los procesados confesos una ligera multa; pues la falta cometida venia á ser en sustancia la misma que comete el que tiene en su poder pesos ó medidas falsas, con las cuales se propone defraudar al público en los objetos que le entrega, siendo todavia mas favorable en este caso la condicion de los acusados, puesto que el vendedor suele defraudar en objetos conocidamente

te útiles, ó acaso necesarios para la vida, mientras que aquellos, aun realizado su pensamiento, solo le habrian defraudado en un objeto sin utilidad positiva, de pura diversion y capricho, y cuyo uso era indeterminado, pasagero y dudoso. Añadió que el artículo 475 confirmaba bajo de otro concepto la calificacion de falta y no de delito que el suceso merecia en buenos principios de justicia, pues en él se castigaba tambien con una leve multa la falta que cometen los que por quebrantar los reglamentos y disposiciones de la autoridad, causan algun desorden en los espectáculos públicos, y que este desorden á lo mas habria sido el resultado del fraude de los billetes, aun en el caso de que los tenedores de los mismos hubieran penetrado por su medio en la plaza de toros.

En orden al conato de estafa que se propuso penar el juzgado inferior con el art. 438 del Código, hizo ver el defensor que la estafa no pudo verificarse respecto á la llamada empresa de la lucha de fieras, puesto que cuando se hizo el fraude de los billetes tenia aquella ya expendidos todos los suyos, y con relacion al público tampoco hubiera habido un fraude de indudable y positiva realizacion, siendo como eran detenidos los billetes falsos, y por consiguiente sin número fijo, lo cual hubiera hecho que sus tenedores hubieran tomado asiento en cualquier sitio, sin temor de que otra persona les hubiera despojado de él.

El letrado defensor concluyó manifestando las notables circunstancias atenuantes, que habia en la causa á favor de los procesados, y entre ellas la de haber recaido el fraude en billetes del mas ínfimo precio; el haber obrado aquellos mas bien con imprudencia que con marcada malicia; el no haber causado el fraude daño á tercero; el no haber tenido efecto el delito, y sobre todo, la notoria honradez y probidad de los cinco acusados de quienes constaban en autos brillantes informes, y que jamás habian incurrido por anteriores delitos en la censura de las leyes. A este propósito hizo el abogado una ligera reseña de los antecedentes y circunstancias de los procesados, á quienes tan injustamente se habia tratado por algunos periódicos al principio de la formacion de esta causa, y manifestó que don Ramon Rodriguez de la Barrera, era un escritor apreciable dedicado á trabajos útiles en varias obras literarias de educacion, entre ellas *El mensajero de los niños*, del que era redactor: que don Manuel Alonso, antiguo subteniente del ejército en la última guerra civil, habia obtenido todos sus grados desde simple soldado en el campo de batalla, y que por su valor y lealtad adornaba su pecho con varias cruces de distincion en recompensa de sus servicios de campaña, hallándose en la actualidad dedicado á la publicacion de obras literarias en clase de editor: que el impresor don Manuel Alvarez, el tallista don Agustin Pardo y el grabador don José Robles, eran los tres artistas aplicados y laboriosos, y que todos los cinco procesados habian observado constantemente una conducta irreprochable, debiéndose únicamente el lamentable suceso de que se trataba á un momento de irreflexion y de error digno en verdad de censura, pero disculpable á la vez en cierto modo, si se tenian en cuenta la naturaleza del hecho, las circunstancias que en él mismo concurrían, y la clase de los procesados, entre los que figuraba como uno de los principales autores del fraude, el grabador Robles, joven inesperto de 18 años, sin reflexion ni juicio para conocer los fatales resultados que pudiera producir su imprudente conducta.

Concluida la defensa verbal, y dada cuenta de la censura del fiscal de S. M. de que ya se ha hecho mérito, terminó el acto de la vista pública, quedando los procesados en la mayor inquietud, esperando el fallo de la superioridad, con ese afán y desasosiego propio de personas que, sensibles á los estímulos del honor y de la vergüenza, veian en este proceso un asunto de vida ó muerte para sí y para sus honradas familias.

Por fortuna de los procesados el tribunal superior ha apreciado la cuestion bajo su verdadero punto de vista, aunque con alguna severidad, y ha dictado ya su fallo conforme al art. 446 del Código, revocando el auto del inferior, absolviendo al tallista don Agustin Pardo, é imponiendo al impresor don Manuel Alvarez una multa de 62 duros, y otra de 82 á Robles, Alonso y Barreras. Los procesados parece que tratan de dar á luz un extracto de su causa, con la defensa que les ha hecho el licenciado señor Pareja de Alarcon, á fin de sincerarse por este medio de los graves cargos que algunos diarios fulminaron contra ellos en los primeros dias de su prision, aventurando juicios equivocados, en ofensa suya y de la recta administracion de justicia. Los procesados reconocen francamente el error é imprudencia que cometieron, y esta circunstancia, que el tribunal ha apreciado en su justo valor, les hace tambien acreedores á la indulgencia de la opinion pública, que ha visto con interés este proceso, así por la calidad de las personas encausadas, como por la celebridad del asunto que ha dado origen á él: puesto que el recuerdo de la famosa lucha de fieras, y cuanto con ella tenga relacion, es un objeto que vivirá largo tiempo en la memoria de los madrileños.

LAS CUATRO MUJERES DE ENRIQUE VIII.

Hacia tres años que la reina Catalina, cuya admirable resignacion, cuyas nobles virtudes, no se habian desmentido un instante, residia sola y casi sin recur-

sos en uno de los castillos reales. Habia rehusado un asilo honroso en Flandes y en España, por amor hacia su hija María, y no obstante la habian separado de ella, sin permitirle volverla á ver. La muerte horrible de su confesor Forest, ejecutado como culpable de alta traicion, la de Fesher y la de More, que Catalina atribuia únicamente á su adhesión por su causa, imprimieron en su ánimo tal dolor, que se iba destruyendo su salud gradualmente, y por último una enfermedad larga y penosa la puso casi á las puertas del sepulcro. Pocos momentos antes de su muerte escribió á su muy querido lord, rey y marido, «de concediera por Dios ver á su hijo antes de espirar, como último consuelo.» Enrique tuvo la crueldad de negarle este favor. (Enero 1536).

Sin embargo, se preparaba una nueva catástrofe en la corte de Enrique VIII. Ana Bolena comenzaba á perder el cariño del rey cuya posesion la habia hecho esclamar muy satisfecha. «¡Gracias al Señor, ya no tengo rival y al fin soy reina de Inglaterra!» Esto lo habia dicho, cuando le dieron la fatal nueva de la muerte de Catalina, mas esta alegría se desvaneció bien pronto, pues cierta mañana que entraba en su aposento vió á una de sus camaristas sentada sobre las rodillas del rey; llamábase esta señora Juana Seimour, hija de un caballero del Wilshire. El tormento de los celos y sus ansiedades determinaron un parto prematuro, y el rey en su despecho lanzó espresiones, cuyas consecuencias no pudo evitar la infortunada reina.

Su cuñada, la vizcondesa de Rochford, se encargó de aumentar el descontento, y vituperando incesantemente á los ojos del rey todas las acciones de la reina, llegó hasta acusarla de alimentar un trato incestuoso con su propio hermano.

Advirtieron á Ana Bolena del gran peligro que corria, mas esta no puso atencion, y ella misma suministró á Enrique el pretexto que este buscaba. Un dia en un torneo que el rey presidia en Greenwich, y donde sir Enrique Nowis era el sostenedor de las justas, y el vizconde de Rochford uno de los adversarios; despues de una de las luchas, ya con intento, ya involuntariamente, dejó caer su pañuelo á los pies de los combatientes. Nowis se levantó y se le llevó á su casa, y Enrique se levantó al punto bruscamente y entró en palacio: la reina le siguió, pero él se negó á verla, mandó que la encerrasen en su aposento, y marchó á toda prisa con direccion á White Hall. A la otra mañana muy temprano recibió la orden de que viniese embarcada á Westminster. El lord canceller, el duque de Norfolk y Cromwell la condujeron en la playa y la dijeron el crimen de que habia sido acusada, anunciándole al mismo tiempo que la conducian á la Torre. Ana se postró de rodillas y manifestó su inocencia, y últimamente se vió acometida de una grande convulsion. No obstante creia que todo era una prueba que Enrique queria hacerla experimentar, pero Nowis y Rochford fueron presos tambien como ella en la torre, y poco despues Breveton, Weston, Smeaton, gentiles-hombres de cámara, llegaron á dividir su suerte.

Cuando Ana recibió esta nueva, pudo medir la profundidad del abismo en que iba á caer, conocia la crueldad de Enrique, su tenacidad, de la cual su mismo casamiento habia sido una prueba, y trajo á su memoria las sangrientas escenas que se efectuaron por su causa, y llegó á experimentar un acceso de demencia.

El aposento que á la sazón le servia de cárcel era el mismo que habia ocupado, segun costumbre, la vispera de su coronacion; le reconoció, y comparando lo horroroso de su situacion actual con el brillo de que se habia visto rodeada, derramó torrentes de lágrimas, diciendo á Kingston, gobernador de la Torre:

—Soy tan pura como el sol; no he tenido compania carnal con ningún hombre de la tierra, excepto con Enrique.

Poco tiempo despues exclamó:

—¿Me habrá acusado Nowis? ¡Ay! ¡Ambos moriremos juntos! ¡Está en la Torre! ¡Y Marco Smeaton tambien!... ¡Ah, Kingston, mi muerte es injusta!

Se habia concedido á la reina la compania de algunas de sus damas, pero tenian orden de recoger todas sus palabras y trasmitirlas al consejo, sistema de espionaje que condujo constantemente á los acusados al patíbulo, porque los mas inocentes pensamientos eran siempre exagerados por los delatores. Una de estas damas refirió á la reina que Nowis habia dicho y jurado que Ana Bolena era la muger mas inocente y pura del mundo.

—¡Ah! interrumpió inconsideradamente Ana. Le pregunté un dia por qué no se casaba; y me respondió ingenuamente, que esperaba que yo le dijese: «Si le sucede al rey alguna desgracia, esto es, que muera, os casareis conmigo.»

Revelada esta proposicion á Enrique, que sentia las dolorosas consecuencias de una úlcera peligrosa en un muslo, decidió la muerte de Nowis. La condena de Weston resultó de otra indiscrecion de Ana, pues refirió que se habia reído mucho diciendo á Weston que preferia mas á Madge, una de sus doncellas, que á su muger, y que él le habia contestado que se engañaba en la persona, puesto que era Ana misma el objeto de su pasion. Mistriss Stenor, una de sus delatoras, habiéndola dicho que Smeaton era tratado con mas severidad que los demas prisioneros, contestó Ana:

—¡Ah!... no es caballero de nacimiento. No ha estado mas que dos veces en mi estancia para tocar el

clave; el sábado último, al preguntarle por qué estaba triste, me respondió que bastaba una sola de mis miradas para disipar su melancolía.

Los cinco prisioneros fueron interrogados; Rochford, Breveton y Weston, manifestaron que eran inocentes; pero Smeaton y Nowis se reconocieron culpables: todos, menos Rochford, fueron declarados convictos y confesos y condenados á muerte; y sin embargo el proceso no arrojó ningun cargo real contra ellos, y aun hoy mismo se ignora sobre que hechos se basaron tales juicios, porque todos los procesos verbales fueron destruidos. En cuanto á Ana, se determinó que sería juzgada por una comision de veinte y cinco pares, presidida por el duque de Norfolk, en calidad de gran senescal, y la infortunada reina fué conducida á la barra de este tribunal que celebró sus sesiones en una sala de la Torre. La acusacion señalaba, en primer lugar su orgullo, despues su coquetería, y en fin su incontinencia. Aseguraban que habian visto á lord Rochford, su hermano, sentado ó apoyado sobre su lecho; habia cometido abominables acciones con Nowis, Breveton, Weston y Smeaton, y todos la habian poseido muchas veces; á cada uno en particular les habia asegurado que eran los únicos á quienes amaba, y que aborrecia al rey, y últimamente habia combinado con ellos la manera de atentar contra la vida de Enrique. La desgraciada no logró ser asistida de un consejo, y obligada á defenderse á sí propia, lo verificó con tanta presencia de ánimo y elocuencia, é imprimió tal carácter de conviccion en el alma de los espectadores, que todos creyeron á la vez que iba á ser perdonada. Pero el tribunal pronunció por su honor, que era culpable, y la condenó á ser quemada viva ó decapitada, segun la determinacion del rey.

El horror que le causó esta sentencia la obligó á caer de rodillas y exclamó:

—¡Oh, padre mio, mi criador, vos, la vida y la verdad, salvadme, que soy inocente! Y vosotros, milores, en este momento solemne no quiero acusaros, pero cualesquiera que sean vuestras sospechas, yo siempre he sido para el rey una esposa fiel y leal.

La sacaron de allí; su hermano Rochford fué conducido á la presencia del tribunal y acto continuo condenado al suplicio de los traidores.

Enrique VIII no se encontraba aun suficientemente vengado de la reina, y quiso cubrirla con una nueva vergüenza haciendo declarar nulo el casamiento, y pronunciar la ilegitimidad de su hijo; mas para esto se presentaban dificultades, porque el arzobispo Crammer, al pronunciar la disolucion del casamiento de Catalina, segun la voluntad de Enrique, habia rodeado el que celebraba con Ana Bolena de todas las formalidades que debian justificar su realidad, y era de temer que se negase á anularle. Crammer recibió orden de pasar á Lambeth, palacio habitado por el rey, pero con prohibicion de presentarse delante de él: asustóse el primado y se apresuró á escribir á Enrique: «que siempre habia sustentado la opinion de que la reina era juiciosa é inocente, pero que la prudencia y la equidad del rey le inducian á creerla culpable, y que en tal caso reclamaba cayese sobre su cabeza el mas severo castigo; que si la habia querido era porque practicaba los principios del Evangelio, pero que la aborreceria si habia sido culpable profanando el Evangelio.»

El terror del primado, hasta cierto punto era infundado, puesto que el rey únicamente queria hacerle dócil á sus voluntades, dándole á entender que podia humillar á los mas grandes súbditos lo mismo que los elevaba. Trasmisieron al primado lo que llamaban las pruebas del crimen de la reina. El proceso fué tan odioso como el hecho en sí mismo. Crammer citó al rey y á la reina á su tribunal; el rey eligió un defensor y obligó á la cautiva á seguir el mismo ejemplo, amenazándola de hacerla sufrir su sentencia con el mas grande rigor. Se dió primero por razon determinante del divorcio, promesas de union que habian existido entre Ana Bolena y Pery, conde de Nortumberland, antes del casamiento del rey; mas Pery juró por la Santa Escritura, y en presencia de dos arzobispos, que jamás habia existido entre la reina y él ningun contrato ni obligacion. Se recurrió entonces á los primeros amores del rey con María Bolena, hermana mayor de Ana, y se declaró que la cohabitacion carnal con una de las dos hermanas hacia incestuoso é inválido el himeneo celebrado con la otra. El primado Crammer pronunció en su consecuencia la disolucion del casamiento por la mas grande gloria de Dios. El parlamento confirmó el divorcio, y la princesa Isabel fué declarada ilegítima, como lo habia sido la princesa María, hija de Catalina. Este nuevo proceso no duró mas que dos dias; y apenas quedó terminado condujeron á los compañeros de infortunio de la reina á los cadalsos ya preparados. Rochford, Nowis, Breveton y Weston fueron decapitados, Smeaton fué ahorcado.

Dos dias despues Ana recibió la fatal noticia de que se preparase á morir: casi toda la noche la pasó rezando; pidió perdon á las damas que la habian servido por sus impertinencias y por los disgustos que las habia ocasionado, y despues poniéndose de rodillas delante de lady Zingston en la posicion mas humillante, la pidió la condesa la gracia de ver á la princesa María para ponerse de rodillas como lo verificaba en aquel momento, y obtener de la hija de Catalina que perdonase á la pobre Ana Bolena los errores que habia cometido contra ella: luego suplicó á Zingston la acompañara al patíbulo, á fin de que viendo el aspecto de resignacion con que aparecia en la presencia de Dios,

no dudase de su inocencia. El 19 de mayo de 1536, cerca de las doce del dia, los duques de Suffolk y de Richmond, y gran número de acompañantes la condujeron al patio interior de la Torre donde se encontraban reunidas diputaciones de todas las corporaciones.

—¡Buen pueblo, dijo, no es mi intento detenerme en razonamientos acerca de la muerte que voy á sufrir; me someto enteramente á Dios en el cual he puesto toda mi confianza, suplicando á todos rueguen por la magestad del rey, para que pueda reinar largo tiempo, pues es un noble principe que siempre me ha tratado con mucha dulzura! ¡Me despido de vosotros; encomendadme á Dios! ¡Arrodillóse en seguida, puso su hermosa cabeza sobre el tajo, y fué decapitada al primer hachazo del verdugo de Calais, al que mandaron llamar por ser mas diestro que los de Inglaterra. Sus restos, colocados en un féretro, fueron inhumados en la capilla de la Torre. Enrique VIII, como si todo esto no bastase á la desgraciada víctima, quiso insultar su desventura, y se vistió de blanco el dia de su ejecucion, celebrando sin pudor una orgía preparada para su nuevo casamiento. Con efecto, á la mañana siguiente se casó con Juana Seymour.

Durante el resto del reinado de Enrique VIII se prohibió bajo pena de la vida creer en la inocencia de Ana Bolena, y bajo el reinado posterior de Isabel, se prohibió dudar de ella si no se queria ser castigado como traidor y rebelde; los historiadores católicos condenaron su memoria, porque su himeneo habia servido de pretexto á la reforma religiosa verificada por Enrique; los protestantes al contrario, rechazaron con horror la acusacion de impureza que habia motivado su muerte. Ana Bolena no fué ni enteramente criminal ni inocente; pero el verdadero culpable fué el infame soberano que rechazó todo sentimiento de humanidad para satisfacer una vergonzosa pasion. El parlamento, que fué convocado pocos dias despues, felicitó á la nacion inglesa por ser gobernada por un soberano Salomon, prudente y justo como aquel santo rey, valeroso y fuerte como Sanson, glorioso y bello como Absalon.

El éxito de Enrique contra los rebeldes le habia colmado de alegría, se aumentó mas todavía con el nacimiento de un hijo que le dió Juana Seymour (12 de octubre de 1537); pero la jóven reina murió dos dias despues de haber dotado á la Inglaterra de un heredero al trono. Enrique mostró poco sentimiento, pues le enagenaba la satisfaccion que le causaba el cumplimiento de lo que mas habia deseado: el nuevo principe recibió el nombre de Eduardo, y se le tituló principe de Gales, duque de Cornouailles y conde de Chester. El hermano de la reina, sir Eduardo Seymour, obtuvo la dignidad de conde de Hereford.

Inmediatamente despues de la muerte de Juana Seymour, pensó Enrique en su cuarto matrimonio. Puso primeramente los ojos en la duquesa viuda de Milan, sobrina del emperador; pero encontró obstáculos y solicitó la mano de María, duquesa viuda de Longueville, hija del duque de Guisa. María era ya la prometida del rey de Escocia, y Cromwell propuso á su señor á la princesa Ana, hermana del duque de Cleves. Su retrato pintado por Holbein fué presentado á Enrique, quien la halló encantadora. Por otra parte, acababa de saber que Francisco I y Carlos V habian proyectado tener una entrevista en París, y temiendo que se formasen designios contrarios á sus intereses, le pareció importante ligarse con los principes de Alemania, que como él se habian sustraído á la supremacia de la Santa Sede. En su consecuencia se apresuró á enviar una magnífica embajada al duque de Cleves para pedirle su hermana en casamiento. Fué acogida la demanda, y la princesa partió para Inglaterra: Enrique VIII partió misteriosamente á Rochester con objeto de recoger la primera mirada de la reina, y segun su espresion, «para alimentarse de amor.» Pero apenas la vió, cuando su amor se convirtió en disgusto y en odio. Las facciones de la princesa eran muy pronunciadas y algo groseras, su talle sin gracia alguna, y todo en ella era desproporcionado.

Esta dobló la rodilla delante del rey, quien hizo un esfuerzo para levantarla y abrazarla: le dirigió la palabra, y ella le contestó en alemán. «¿Cuándo podré acostumbrarme á esta yegua flamenca?» exclamó el rey. Sin darle siquiera los presentes que traía para ella, la dejó sola y volvió á Greenwich, donde al dia siguiente convocó al consejo, y preguntó si seria posible volver á enviar á la princesa á su pais. No obstante, despues de largas é infructuosas consultas, y temiendo que se formase contra él una liga de los principes alemanes, con el emperador y el rey de Francia, se resignó á aceptar á su destinada esposa; verificóse la ceremonia del casamiento, y por espacio de algunos meses, procuró Enrique acostumbrarse á su nueva compañera; pero esta, educada en medio de una grande sencillez de costumbres, no sabia mas que coser, hilar y leer un poco; ignoraba la música, á la cual tenia el rey una aficion desmedida. La cólera de Enrique estalló naturalmente sobre Cromwell que le aconsejó este desventurado enlace, y se aprovechó de la primera ocasion para satisfacer su rabia.

Bien pronto este desgraciado ministro, víctima del rencor sanguinario de su señor, fué, por las disensiones teológicas, acusado por Enrique y condenado á muerte por ambas cámaras.

Poco despues dieron principio los asuntos acerca del divorcio por instigaciones del rey; y con pretexto de arreglar todo cuanto convenia á la sucesion del

trono, pidieron las cámaras que la convocacion del clero diese una determinacion sobre la validez ó la nulidad del casamiento, y la comision nombrada para este efecto declaró que era nulo, porque no habian sabido la existencia de un contrato anterior entre Ana de Cleves y el marqués de Lorena, revocado con tiempo, y porque Enrique, obligado por razones de estado á casarse con la princesa, nunca habia dado en realidad el consentimiento necesario para imprimir al contrato la fuerza de la validez. Estos débiles argumentos fueron admitidos por el clero, los lores y la cámara de los comunes, y se amenazó con pena de muerte á todo el que se determinara á decir que el casamiento habia sido legal. La princesa se sometió á su suerte, y escribió una carta en la que reconocia que su casamiento no habia sido consumado, devolviendo al rey el anillo nupcial que habia recibido de su mano. Obtuvo por via de indemnizacion el goce del palacio de Richmond y una renta anual de 3,000 libras esterlinas.

Apenas se pronunció el divorcio, condujeron al patíbulo al vicario general (Cromwell).

Aun no habia transcurrido un mes despues del divorcio de Enrique VIII con Ana de Cleves, cuando resolvió volverse á casar por la quinta vez. Hizo que los lores rogasen en nombre de Inglaterra que el soberano contrajese nuevo enlace para que le diera una numerosa posteridad, y el 8 de agosto de 1540, Catalina Howard, jóven hermosa, sobrina del duque de Norfolk, y educada por la duquesa viuda, recibió, por su desgracia, la mano del mas inexorable de los hombres.

Por espacio de un año estuvo Enrique prodigando las mas vivas señales de afecto á su nueva esposa, pero la duquesa de Norfolk dijo á su hermano, el que se apresuró á revelárselo á Crammer, que Catalina, antes de su casamiento habia favorecido con su amor á un page de la duquesa llamado Dereham. El arzobispo primado, asustado de una revelacion tan peligrosa si se divulgaba, conferenció con el conde de Hereford y el canceller Andeley, y convinieron en que instruirian al rey de lo que pasaba. Enrique manifestó desde luego la mas grande incredulidad, y juró que si Crammer no habia dicho la verdad, responderia con su cabeza de semejante calumnia. La vida del arzobispo se encontró en juego con la de la reina, y la muerte del uno ó del otro iba á ser inevitable. Crammer mandó prender á Dereham, el que fué bastante cobarde para confesar sus relaciones con la que habia llegado á ser su soberana, y tres jóvenes destinadas al servicio de la duquesa dieron nuevos pormenores acerca de la mala conducta de Catalina.

Crammer interrogó á la reina, y esta firmó un documento, en el que confesaba que su conducta antes de su casamiento no habia sido la mas arreglada, pero que jamás habia sido infiel al rey ni aun con el pensamiento. Pero esto no bastaba para un divorcio, ni para fundar una acusacion de alta traicion. Entonces se examinó minuciosamente su conducta durante su casamiento, y concluyeron por descubrir que uno de sus parientes, llamado Culpepper, que en otro tiempo habia aspirado á su mano, se habia quedado en palacio una noche con ella y lady Rochford, cerca de tres horas, y no fué necesario mas para declararla culpable. En su consecuencia Dereham y Culpepper fueron condenados á muerte y entregados al suplicio de los traidores. Lord William Howard, lady Howard su esposa, lady Rochford, la duquesa viuda de Norfolk, la condesa de Bridgewater, y otras ocho personas, de las cuales cuatro eran mugeres, fueron condenadas á la misma pena, por haber, en contra de su deber, consentido que su soberano se casase con una muger culpable de incontinencia. Catalina pidió por toda merced que se dispensase á su familia de semejante pena; mas solo la duquesa de Norfolk fué la que obtuvo perdon, y dos dias despues de publicada la sentencia, los acusados recibieron la muerte. A la reina y lady Rochford les cortaron la cabeza en la esplanada de la Torre (1542).

Terminada esta espantosa tragedia, Enrique obtuvo del parlamento un bill que pronunciaba la pena de muerte contra toda jóven que osara casarse con el rey sin poseer la virginidad, y contra todo individuo que, conociendo el hecho, no lo revelase al momento.

BREVES APUNTES

SOBRE LA HISTORIA DE LA INFANTERÍA.

Infantería es el nombre genérico de las tropas que combaten á pié, y que los romanos llamaban *copia pedestres*, y los griegos *pezos* ó *peziskistratia*, nombres apropiados á la naturaleza de su servicio.

Desde los tiempos mas remotos existieron muchas especies de infanterías, que se señalaban por su manera de combatir, y en su consecuencia por su armamento que debia estar en relacion con su género de servicio. No nos ocuparemos de los tiempos que se llaman heroicos, que propiamente hablando no son mas que tiempos bárbaros, puesto que nos referimos á la época de la infancia de las naciones donde no habia ninguna regla uniforme acerca del arte militar. La táctica mas antigua sometida á reglas calculadas de

organización para las diferentes necesidades de la guerra fué la que creó Filipo de Macedonia, padre de Alejandro el Grande: el sistema que estableció com-

que combatían á la desbandada; emprendían la acción en el campo de batalla y se retiraban á retaguardia en el instante que las grandes masas debían verificar su choque; hostigaban á los fugitivos, y con la caballería

entraban en su órden de batalla, y pasaban á retaguardia en línea en el momento del choque. Los triarios, aunque llevaban un arma ofensiva diferente de la de los legionarios (la semi-pica en lugar de *pilum*),



Arquero de 1300.



Soldado á la ligera.



Fusilero de 1500.



Arcabucero de 1300.

prende tres especies de infantería, de las cuales dos, siendo de formación regular, entraron en la de la falange que era el verdadero ejército de línea. Los *hoplites* ó soldados de armas formaban el núcleo ó mas bien el cuerpo de la falange, cuerpo destinado al choque y á la resistencia en masa, ciudadela moviente que servía de apoyo á las otras partes del ejército cuyo destino dependía del suyo; pero la pesantez de sus armas defensivas, la longitud de sus armas ofensivas, necesarias por la profundidad de las hileras en una tropa destinada á obrar por la impulsión de la masa, no le permitían desorganizarse, y por consiguiente maniobrar en todo género de terreno.

La segunda especie de infantería ó los *peltastes*, cuyas armas ofensivas eran menos largas y las armas defensivas menos pesadas, no estando destinada á producir un efecto decisivo por su choque, no tenía necesidad de tan grande profundidad de hileras; sin ser precisamente una infantería ligera, los *peltastes*, organizados en cuanto á la división de las secciones, lo mismo que los *hoplites*, podían subdividirse sin ningún inconveniente, y combatir en un terreno cualquiera, sin correr los mismos peligros. En la batalla de Cinocéfalos los *peltastes* pusieron al ejército romano en peligro, cuando la fa-

completaban la derrota; fuera del campo de batalla infestaban el frente, el flanco, y á menudo la retaguardia del enemigo, talando el país, y por este medio se apoderaban de las subsistencias.

Los romanos, cuyo sistema de guerra estaba basado en una movilidad mas grande, no tenían mas que dos

entraban en el órden de la batalla de la legión como una especie de reserva.

La decadencia del imperio que precedió á Constantino, y que este no hizo mas que detener un instante, multiplicando hasta sus elementos, desnaturizó rápidamente las instituciones militares de los romanos. La admisión en los ejércitos del imperio de auxiliares extranjeros de toda especie, introdu-



Artillero de Carlos V.



Alabardero de Carlos V.



Granadero de Felipe II.



Arcabucero de Felipe II.



Granadero de Carlos II.



Carabiniere de Felipe V.

lange de los *hoplites*, habiéndose situado en un terreno cortado, donde sucumbió fácilmente, dió la victoria á Flaminio.

La tercera especie de infantería entre los griegos era irregular; se componía de diferentes cuerpos de arqueros y honleros vestidos y armados á la ligera,

subdividirse, no solamente en cohortes, sino tambien en manípulos, les daba el medio de operar aun en un terreno cortado, lo que no podían verificar los *hoplites*, ni tampoco los *peltastes*, como los legionarios.

La segunda especie de infantería eran los *velites*, que aun cuando pertenecían al cuerpo de la legión no

jo la confusión y se perdieron las últimas huellas de la organización regular: es imposible, al examinar el documento llamado *Noticia del imperio*, adivinar á que ejército de infantería pertenecía cada uno de los cuerpos que se citan allí aparte de las legiones. Cada nación combatía segun sus usos, cada cuerpo segun el armamento que la casualidad ó el capricho le habían dado, y bien pronto la admisión de los salvajes

germanos, hérulos, godos, hunos, etc., contribuyó poderosamente á que desapareciera toda clase de organización regular. Los ejércitos de los dos imperios de Occidente y de Oriente, no vinieron á ser otra cosa que manadas de salvajes muy semejantes á los tártaros; su fuerza activa comenzó á pasar á la caballe-

ria, y la infantería no fué mas que una reunion de gentes feroces, valerosas, pero mal armadas, sin disciplina y casi sin órden, mezcladas con algunos grupos

sucesivamente. Los lands-knachte de Alemania, los montañeses de Helvecia, los aventureros italianos, deben ser considerados como los predecesores de nuestra infantería. Su organizacion era mejor, su ar-

que fuesen á propósito, lo mismo que la de los griegos y los romanos lo eran con respecto á las armas de su tiempo. El paso mas importante se dió entre nosotros en el reinado de Felipe III con la formacion de los re-



Fusilero de Felipe V.



Artillero de Felipe V.



Fusilero de Felipe IV.

de campesinos del imperio, levados para cada guerra, que seguian de lejos la falange griega ó la legion romana, sin tener disciplina, instruccion ni consistencia.

El mismo órden de cosas subsistió bajo el dominio de los bárbaros que destruyeron el imperio. La infantería dejó de existir hasta como elemento regular de ejército, pues no se podia dar esta denominacion á los campesi-

mamento mas á propósito á su servicio que el que usaba la milicia informe de los comunes. Sin embargo, bajo el gobierno de Carlos V comenzó á darse á la infantería instituciones que le permitian volver á tomar el rango que

gimientos, y el establecimiento de la ordenanza de batalla como consecuencia obligatoria por el empleo del fusil.

Pero por espacio de mucho tiempo la organizacion regular no se aplicó mas que á la infantería de batalla, aquella que en el nuevo sistema de guerra estaba destinada á un servicio análogo al de las falanges y legionarios de los griegos y los latinos. La organizacion de tropas ligeras se verificó lo mismo que en tiempos del bajo-imperio, por cuerpos irregulares y hasta temporales y accidentales, bajo distintas denominaciones. Sin embargo, mucho mas tarde los partidarios que formaban incidentalmente, los cazadores ó cuerpos francos, cuya duracion no pasaba mas allá de la guerra, fueron reemplazados por cuerpos permanentes de cazadores de á pie, formados bajo los mismos principios que la infantería de línea, es decir, por batallones; además, el batallon es la unidad fundamental, el elemento de formacion para el ejército de infantería. Las guerras de nuestra revolucion, que hubieran debido consolidar este regreso hácia los buenos principios que reclama un arma especial para cada género de servicio, tuvieron al contrario por resultado, hacernos retroceder. En las primeras campañas, la imposibilidad de hacer una guerra de maniobras y de



Arcabucero de Felipe III.



Piquero de Carlos IV.



Granadero de Carlos IV.

que se levantaban y se agrupaban á cuerpos desiguales bajo las banderas de sus comunes, despreciadas por los gefes, que no sabian servirse de ellas, y

es debido á la formacion de los ejércitos. El primer modelo que se escogió fué tomado de Roma; era querer reunir un órden de cosas que ya no existia y que no podia volver; pero la invencion de las armas de

tería. Las guerras de nuestra revolucion, que hubieran debido consolidar este regreso hácia los buenos principios que reclama un arma especial para cada género de servicio, tuvieron al contrario por resultado, hacernos retroceder. En las primeras campañas, la imposibilidad de hacer una guerra de maniobras y de



Granadero de Fernando VII.



Fusilero de Fernando VII.



Cazador de Fernando VII.

muchas veces holladas con los pies por una caballería subordinada. El renacimiento de la infantería como uno de los elementos constitutivos de los ejércitos, se verificó

fuego produjo una revolucion total en el armamento y en la táctica de las tropas; su uso, que se generalizaba de día en día, debía tener por consecuencia la creacion de nuevas reglas constitutivas de la guerra,

batallas con tropas bisoñas que no tenian mas que entusiasmo y un valor á toda prueba, pero ninguna instruccion para los movimientos, hizo adoptar la guerra de posicion y los combates parciales, que se

resolvían casi siempre en luchas individuales. Durante este tiempo, propiamente hablando, no ha existido mas que infantería ligera. Poco á poco la instrucción se fué restableciendo en nuestros ejércitos, y se hizo la guerra con ciertos cambios y modificaciones, segun los principios de la táctica que la revolución halló establecidos. Uno de estos cambios fué el uso de cubrir el frente de la infantería, con una línea de tiradores encargados de empeñar el combate, lo mismo que los *velites* entre los romanos.

Puede decirse en general que la infantería se compone de divisiones, de brigadas, de regimientos, de batallones y de compañías; pero el número de brigadas de cada division, el de regimientos por brigadas, de batallones por regimientos, de compañías por batallones, son cualidades no menos variables, cuya fijación sucesiva ha dependido hasta ahora de la casualidad, del capricho, ó del mayor ó menor número de criaturas á quienes ha sido preciso conceder un grado. Nos falta todavía una ordenanza militar donde la proporción de las armas entre sí, su organización, su servicio, su armamento y su equipo, se establezcan con bases fijas y deducidas segun los verdaderos principios de la guerra. Que su redacción se confie á militares instruidos y experimentados, y no á los oficiales que solo se ocupan en frecuentar los salones, y nuestra ordenanza alcanzará la perfección que tanto reclaman nuestras armas.

G. G. DE V.

SEMANA LITERARIA.

DOS DUELOS A DIEZ Y OCHO AÑOS DE DISTANCIA.

LEYENDA,

POR D. JOSÉ HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

(Continuacion.)

PARTE PRIMERA.

CAPITULO V.

Vamos ahora á esplicar de qué modo pudo el capitán Gruner abusar tan cruelmente de la virtud de la joven veneciana.

Con la perspicacia que suelen tener de ordinario los amantes, habia estrañado al principio y concebido luego serias inquietudes, al notar la aparente indiferencia con que tomaba María la espulsion de su casa del caballero español. «No cabe duda, pensaba el capitán en que ellos se aman: natural es que la separación cause en María, cuando menos, tristeza y mal humor. Es así que yo la veo tan alegre y tan amable como antes; luego aqui debe de haber algun misterio!» Aquella reflexión era obvia, y su precisa consecuencia el deseo de penetrar aquel secreto. Siguió, pues, con cautela los pasos de Aguilar, y despues de muchas inútiles pesquisas logró averiguar sus nocturnos paseos por la laguna. Una vez obtenido este primer descubrimiento, le fué muy fácil convencerse de la hora y sitio de las citas de los amantes, y mas de una vez tomando una hora de delantera, logró asistir á aquellas tiernas entrevistas, oculto en una de las góndolas amarradas á la calzada de que hablamos en un capítulo anterior, las cuales á aquellas horas de la noche, como el lector sabrá si su buena estrella lo ha conducido alguna vez á Venecia, yacen abandonadas y solitarias, semeando á una multitud de negras y prolongadas fajas de opaca sombra sobre la tersa superficie de un inmenso espejo.

No pudo sin embargo, á pesar de las multiplicadas precauciones que para seguir á Aguilar tomaba, impedir que este observase que alguien le seguia espiando sus pasos, y la mala estrella de nuestros amantes quiso que la noche que el caballero dió parte á María de los temores que aquella persecución hacia nacer en su pecho, estuviese el capitán oculto en el lugar acostumbrado. Decididos aquellos á no esponerse á perder el único consuelo que en su infortunio les quedaba, convinieron en que Aguilar iria solo los dias pares de la semana, y que en vez de hablar por la reja como hasta entonces, subiria por medio de una escala de cuerda á la habitación de su amada, en donde podrian verse y hablarse con menos sobresalto. Gruner no perdió ni una sílaba de aquel convenio, y resolvió aprovecharse de la primera oportunidad que se le presentara para vengarse del despojo de la joven con la mas insignificante villanía que jamás abrigó el pecho de un caballero. No tardó en ofrecerle el destino enemigo de los amantes, aquella ocasión apetecida. Conservaba el capitán relaciones de política con los dos amigos, y á pesar de la fría civilidad con que recibian estos sus visitas, continuaba viéndolos de tiempo en tiempo: uno de aquellos dias, par, por la desgracia de nuestros dos amantes, se presentó Gruner en casa de Aguilar, y supo con estraordinario placer que se hallaba en cama con calentura. Desde el momento en que oyó la noticia de boca de un criado, formó su plan, y apenas le permitió su impaciencia esperar á la hora de aquellas entrevistas.

No bien dió las doce el reloj de San Marcos se dirigió el capitán con un gondolero de su confianza al sitio que ya conoce el lector. Iba provisto de una escala de cuerda; hizo la señal convenida; le respondieron;

y á favor de aquella infame superchería, penetró en la habitación de la infortunada joven. Allí protegido por la oscuridad intentó y llevó á cabo el atentado mas odioso; y saciado que hubo su brutal apetito, salió dejando á la infeliz con mucha menor aflicción que la que hubiera tenido si pudiera haber sospechado la negra traición de que habia sido víctima.

Pero el triunfo de los malos, si bien frecuente en esta humana vida, es de suyo fugaz y transitorio: que la justicia de la Providencia, si acaso permite por sus inscrutables fines que huelle el vicio insolente á la modesta y sencilla virtud, muy luego vibra uno de los rayos de su diestra, y hunde para siempre en el polvo la frente del atrevido opresor, ensalzando al oprimido que en solo su favor tenia su esperanza.

Dos dias solamente duró la indisposición de Aguilar, de modo que al tercero concurrió á la cita segun costumbre. Como de ordinario hizo la señal, respondióle y echó la escala. Mas no lo recibió María como otras veces; recibiólo, sí, con ternura, pero al mismo tiempo con esa reserva del pudor femenino, comprendida solo por los corazones delicados. No bien estendió Aguilar la mano para estrechar la de su amada, aquella se arrojó en sus brazos en uno de esos espasmos histéricos que harian sucumbir tantas veces á la muger, si la pródiga naturaleza no le hubiera deparado oportuno y eficazísimo remedio en la facilidad y copia de sus lágrimas. Alarmado el español con la aflicción é inusitada ternura de la sencilla joven, empezó á temer que amenazase á su amor alguna desgracia próxima, y habiendo dejado pasar el primer ímpetu del llanto, preguntó á María con acento de la mayor ternura.

—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede? ¿Nos amenaza por ventura algun pesar?

Y como no obtuviese respuesta, redobló sus preguntas con mas instancia.

Al fin, algo mas tranquila, le contestó la joven ocultando la ardorosa frente contra su pecho.

—¿Y puedes estrañar mi aflicción despues de lo que pasó anteayer?

—¿Y qué pasó anteayer? Yo no pude venir, estaba con calentura.

—¿Cómo? gritó la joven con una espresión de espanto indecible. ¿No viniste anteayer como de costumbre? ¡Oh! ¡Dios mio! ¡no, no puede ser! ¡Aguilar! ¡ídolo de mi corazón! ¡dime que has mentido! ¡Dime que has querido engañarme! ¡Oh! ¡Si no fuera cierto, moriria de desesperación!

Una horrible sospecha penetró entonces en el corazón del español, como pudiera hacerlo la punta de un puñal enrojecido. Durante algunos momentos le fué imposible articular ni una sola palabra. Aquel horroroso pensamiento le habia hecho enmudecer. Entretanto la joven, arrodillada á sus pies, se retorcia los brazos con desesperación, repitiendo con esa pertinacia y monotonía de voz que solo vemos en los locos:

—¿Has mentido! ¿Has mentido!... Por fin halló voces aquel supremo dolor.

—¿María! dijo Aguilar con solemne lentitud; no sé; no quiero adivinar la desgarradora agonía que me espera; pero cualquiera que pueda ser.... aunque mis palabras te den la muerte, escúchame. Por la tumba de mi madre, te juro que no he estado aqui anteayer. He estado en cama con calentura.... Ahora bien.... reune todo tu valor... te suplico... te ordeno con el derecho que me da mi amor puro, santo, inmenso, que no me ocultes nada de lo que ha pasado! Nada, María, ¿lo oyes?

Pero la infortunada joven no le escuchaba. Desde el principio de aquel juramento fatal habia caído al suelo como herida por el rayo.

Corramos un velo sobre el final de aquella lastimosa escena. Despues de un larguísimo desmayo y de una terrible convulsión que le subsiguio, pudo al fin María contar á su amante lo que ya sabe el lector. Sumido Aguilar en sus reflexiones, apenas parecia oír la lastimosa relación de la infortunada joven. Seguro estaba de que solo un hombre podia ser el autor de aquel atentado infame; ¿pero cómo probarlo? ¿Cómo podia esponerse á hacer pública la deshonra de la muger que amaba, sin tener en su mano las pruebas necesarias para confundir al cobarde violador? Entretanto la joven, viendo la inmovilidad de su amante, exclamó con acento de desgarradora tristeza:

—¿Oh Aguilar! me desprecias, ¿no es cierto? ¡Ay de mí! ¡esto solo faltaba á mi dolor! Yo debo morir.... quiero morir.... pero la muerte, ¡oh Dios! ¡con su desprecio! ¡No llevar á esa temida eternidad ni el consuelo de que él derramará una lágrima sobre mi deshonrada tumba! ¡Oh, bien mio! ¡único amor mio, ¡háblame, aunque solo sea para maldecirme!

—¿No me comprendes, María, respondió tristemente Aguilar. No te desprecio.... no te maldeciré por agenos delitos.... te amo mas que nunca, mi pobre María!

Y estrechándola contra su corazón, prosiguió: Pensaba en los medios de vengarte y de vengarme. Pero no encuentro ninguno.... ¡Ni siquiera sabemos quién sea el criminal!

—¿Aguarda, aguarda! gritó la joven, como herida de repentina idea.—Y entrándose en la inmediata habitación, donde dormia, salió de allí á poco con un puñal en la mano.

El hombre que vino aqui anteayer, dijo á su amante, se dejó olvidado este puñal. ¡Tómalo!

Tomólo Aguilar, y acercándolo á la débil luz de su linterna sorda, descubrió en la empuñadura unas

armas, y por debajo, escrito en caracteres góticos, leyó el nombre de Gruner.

—¡Gracias, gracias, Dios mio! exclamó; y estrechando de nuevo á la joven entre sus brazos: Ahora, María, añadió, sepámonos. Mañana en la noche da tu padre su primer baile de carnaval. Compon lo mejor que puedas tu semblante, y asiste á él. Mañana cerca de la media noche nos veremos. Yo iré con un dominó de raso negro, y con espuelas en las botas....

—Pero dime al menos....

—No me dirijas mas preguntas. Ten valor y confianza en mi cariño. ¡Adios!

Y bajando lentamente por la escala, hizo la señal de costumbre al fiel gondolero; entró en la embarcación y se perdió muy pronto en la oscuridad.

CAPITULO VI.

No bien llegó á su alojamiento, subió al cuarto de d'Estrées, el cual, en aquellas noches de misteriosas salidas, lo esperaba siempre con afanosa inquietud.

—¿Qué traes? le dijo aquel, al notar su espantosa palidez.

—Nada... porque no puedo revelar lo que me sucede, ni á tu leal y probada amistad. Vengo, sin embargo, á pedirte un señalado favor....

—Habla; dispon de mí.

—Pues bien: mañana, lo mas temprano que te sea posible, irás á casa del capitán Gruner, y le propondrás de mi parte un duelo á muerte. La hora, el sitio y las armas me son absolutamente indiferentes: que elija y señale lo que mas le convenga.

—Pero....

—Te ruego, amigo mio, que no me hagas ninguna observación. Respóndeme solamente si harás ó no lo que te pido.

—Lo haré, contestó el generoso francés sin vacilar.

—Adios, pues, amigo, hermano mio, hasta mañana. No subas á mi cuarto hasta que no estés de vuelta de tu comision. Y dando la mano á su amigo se retiró.

A la mañana siguiente fué d'Estrées á casa de Gruner y le hizo presente su cometido. El austriaco le contestó con altivez, que él no tenia ningun motivo de odio personal contra el caballero español; que jamás le habia ofendido, y que por consiguiente rechazaba del modo mas decidido su provocación. Y como d'Estrées no estaba en pormenor alguno, tuvo que retirarse despues de haber insistido inútilmente para que el capitán aceptase el cartel.

Llevó en consecuencia á Aguilar la respuesta de su contrario, y como el lector sabe ya el modo con que tuvo al fin aquel hombre orgulloso el merecido castigo de su villana acción, parécenos oportuno concluir aqui este capítulo, é ir al alcance de nuestros viajeros, los cuales van con toda la posible rapidez, atravesando las algosas aguas de la laguna, hacia el continente de la península itálica.

CAPITULO VII.

Los primeros albores de la mañana comenzaban á teñir de un sonrosado trasparente las blanquecinas nubes del cielo veneciano, cuando nuestros fugitivos tocaban por fin el suelo de la península por la parte de Fusina. Desde aquella época hasta hoy han ocurrido tantas cosas, han sufrido tantas variaciones aquellos países, que mas bien parece que han trascurrido siglos enteros, que el brevísimo espacio de diez y siete años, átomos perdido en el inmenso piélago del tiempo. En efecto, desde 1830, época en que empieza esta verdadera historia, hasta el momento presente, ha sufrido aquel hermoso pais una trasformación completa, trasformación que mas parece debida á la varita mágica de una hada, que á la mano del hombre, destructora casi siempre, pocas veces reparadora, y casi nunca creadora. Empero la sabia política de un solo hombre, y sentimos decirlo, porque amantes apasionados de la verdad, siempre fué nuestra divisa el tan manoseado dicho de los antiguos *amicus Plato, sol magis amica veritas*: con sentimiento, repetimos, no podemos menos de calificar aquella política sabia, como antes dijimos, de maquiavélica. Aquel hombre se llama el principe de Metternich, personificación de esa política vetusta y estacionaria, pero eminentemente calculadora, del Austria.

Todos los que, como los humildes narradores de esta historia, hayan viajado en las dos últimas décadas por aquella hermosa tierra que como dijo el poeta

L'Appennin parte e' lmar circouda e' l'Alpe:

habrán visto, si con alguna detención han estudiado el pueblo que la habita, tan calumniado por escritores poco reflexivos, asi propios como estrangeros; y en realidad tan noble, tan generoso y tan apto para todas las ciencias y las artes; habrán visto, repetimos, como los ojos de su entendimiento y tan claro y patente como el sol de un hermoso dia, que el instinto de nobleza é independencia, todos los instintos nobles, generosos y grandes, que constituyen la gloria y poder de los pueblos; y que el despotismo empieza por sofocar para matarlos despues; no habian muerto, no, en los pechos italianos, tras una tan larga y enojosa servidumbre. Estaban adormecidos solamente. Asi que, al advenimiento de Pío el Grande, no bien resonó la voz del Apóstol, cuando desde el Etna hasta los Alpes, se experimentó una de esas sacudidas eléctricas de la

naciones que bastan por sí solas á derrocar los tronos robustecidos con siglos de tiranía, y volver á los hombres aquel bien, que puede coartarse, confiscarse, vincularse, por decirlo así, en uno solo; pero que nunca se pierde. —Aquel tesoro que dió el Eterno á sus criaturas, como el mas noble, el mas preciado, el primero de sus beneficios. — ¡La santa libertad!

Nosotros hemos escrito estas mismas palabras cien veces, contradiciendo, á pesar de nuestra pequeñez y obscuridad á los primeros escritores del siglo; porque habíamos viajado por Italia, no con la opulencia y el fausto de los poderosos de la tierra, sino con el báculo del peregrino; no con el orgullo del maestro, sino con la humildad y sencillez del discípulo que viaja en busca de la verdad.

Nadie puede asegurar aun el porvenir que aguarda á aquella noble tierra, teatro en días mas felices de tan grandes cosas; patria feliz de tantos hombres ilustres; pero nosotros, sinceros admiradores y amigos suyos; nosotros, hermanos en religion de sus hijos, tenemos fe y esperamos. Tenemos fe y esperamos, y tal vez no esté muy lejos el día en que podamos cantar con el primero de los profetas:

Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine: dextera tua, Domine, percussit inimicum!

Pero advertimos que nos estravia nuestro buen deseo. Volviendo, pues, á la política de Metternich, debemos decir, que mientras el *lazzarone* napolitano, el romano *transvivino*, y en fin, todos los pueblos de Italia se removían, por servirnos de esta palabra, de tiempo en tiempo, ya que no para sacudir, porque para esto se necesitaba nada menos que la intervención de un nuevo *Mesías*; para hacer llegar á los oídos de sus hermanos europeos el lastimero ruido de sus cadenas; en toda aquella parte sujeta á la dominación austriaca, no se notaba ni un solo síntoma de esa sorda fermentación de los pueblos, cuyo ruido inquietaba á los tiranos. Y es muy fácil explicar este fenómeno aparente. Mientras que en Nápoles, Roma, y los ducados de la Italia central, gemían los habitantes bajo el ominoso yugo de un despotismo estacionario y suspicaz, cuyos inseparables compañeros son la ignorancia y la miseria; en el reino Lombardo-Veneciano, el despotismo tambien; pero dulcificado hasta tal punto por la ilustración, que casi pudiera llamarse paternal, fomentaba y recompensaba los talentos, é introducía los adelantos del siglo en aquel suelo privilegiado. Los caminos de hierro; la canalización interior; la navegación de sus caudalosos ríos y de sus costas, por medio de cómodos y bien contruidos vapores; y en fin, todas las invenciones de nuestros días que tanto han mejorado la condición de los pueblos civilizados del mundo, fueron introducidas allí en grande escala. Venecia, separada de la península itálica y aislada en medio de sus enfermizas lagunas, moría poco á poco de consunción. Una línea de ferro-carril llega hasta Fusina; y la mano poderosa que hasta allí la había conducido, no pudiendo, como Moisés en otros días á las encrepadas ondas del mar Rojo, mandar á la laguna que abriese sus amarillentas aguas, construye un puente de cinco millas, obra digna por su grandeza y trascendencia de los antiguos romanos ó de los modernos ingleses: y Venecia trasformada de este modo en ciudad continental, recuerda ya con esperanza su esplendor antiguo, y renace, por decirlo así, de sus cenizas. Hé aquí por qué llamábamos hace poco *maguavélica*, la política del grande hombre á quien hemos citado ya mas de una vez; porque su objeto era, es y será, ahogar el noble instinto de la libertad en el bien estar físico: en la grata somnolencia de la prosperidad material (1).

Pero en la época de que hablamos al principio de este capítulo, en el año de gracia de 1831, ni había caminos de hierro en aquel país, ni se soñaba siquiera que pudiera realizarse aquel sueño de la poderosa república de los siglos medios; ese puente gigantesco, que, como dijimos hace poco, convierte á Venecia en una ciudad continental. Así que, tan luego como llegaron á Fusina nuestros viajeros, el primer cuidado de Aguilar, fué proporcionarse uno de esos carruajes de denominación imposible, que aun hoy encuentra el peregrino en muchos estados de Italia, y á los cuales se dá todavía el nombre genérico de *vettura*, así como á sus conductores el de *vetturino*.

No tardó mucho en encontrar lo que buscaba, y volvió al pequeño parador en donde minutos antes había dejado á María bajo la custodia del buen Angiolo. No estaba allí el gondolero; urgía la fuga, y el español comenzaba á impacientarse, cuando le vió llegar apresurado, con una carta plegada de tosca manera, en la mano.

—¿Quién te ha dado esa carta? preguntó Aguilar, alargando la mano al ver que el otro se la presentaba.

—Perdonadme, *eccellenza*, nadie.

—¿Cómo nadie? ¿y para qué me trae eso?

—Es que... como yo creo que vuestro viaje es una fuga, me ha parecido que os convendría parar en las ciudades donde os detengais en posadas poco conocidas....

—¿Y bien?....

—He escrito esta carta á un primo mio que tiene en Pádúa el *albergo* de San Antonio, en el cual estaréis seguro.

—Bien está; Angiolo;... gracias, mil gracias.

—Mi pariente os dirigirá á otro del oficio, que tam-

(1) Estas líneas se escribieron en julio de 1846.

bien sea seguro, para el primer punto en donde descanseis al partir de Pádúa.

—¡Bien bien! Ahora buen Angiolo....

—Aguardad señor. Es muy importante que no pareis sino en los lugares que se os indiquen....

—Pierde cuidado. Ahora, amigo mio, separémonos. Toma y no me olvides. Y al decir estas palabras alargó al gondolero unos cuantos cequíes venecianos.

Este cruzó los brazos, y viendo que Aguilar insistía con el ademán para que los tomase, le dijo con voz ahogada por la emoción:

—Guardad, señor, ese oro, que os será bien necesario en vuestro viaje. ¡La santísima *Madonna* os proteja, como tambien á la señorita.

Enternecido el caballero al ver aquella delicadeza y aquel cariño, tendió la mano á Angiolo el cual la tomó y la besó con efusión.

—El señor francés, dijo despues de algunos instantes, irá á reunirse con vos....

—Sin duda.... ¿Por qué lo preguntáis?

—Yo.... señor.... Yo queria ir tambien.... pero tal vez soy demasiado indiscreto.

—No, hijo mio, contestó Aguilar, mas y mas conmovido con aquel cariño. Pero ¿abandonarías tu patria y tu familia, por seguir á un extranjero, y sin saber siquiera adonde vá?

—Señor, yo no tengo familia; y la patria del hombre es allí donde le va bien. Vos no sois un extraño para mí; porque habeis sido conmigo un amo bueno y generoso: la señorita es veneciana.... y ademas, continuó con tono menos triste: tal vez gane en mudar de patria: así como así, ya no es Venecia el país de los gondoleros y de las barcarolas.... Solo el viejo Pietro se acuerda de aquellos cantos tan bonitos que le gustaban tanto á lord Byron. ¿No sabeis quien es? ¡Un milord muy poderoso y grandísimo poeta que estuvo en nuestra tierra hace algunos años. ¡Y qué bueno y que sensible era aquel gran señor con los pobres!

Y el buen gondolero se puso á cantar con voz temblona:

*L'arme pietose de cantar gho voghia
E de Goffredo l'inmortal braura....*

—Bien.... muy bien, amigo mio, dijo Aguilar interrumpiéndolo. Y sacando su libro de memorias rasgó una hoja, escribió en ella algunas líneas, y se la dió encargándole que la entregara en propia mano al coronel d'Estrées.

Y saliendo del parador con María subieron en la *vettura* que á la puerta los esperaba, y tomaron á trotar largo el camino de Pádúa.

En cuanto á Angiolo, permaneció fijo en aquel lugar hasta que los perdió de vista. En seguida, se encaminó con lento paso á la ribera, entró en su góndola, y empezó á vogar tristemente hácia Venecia.

CAPITULO VIII.

Ahora, si el lector no lo lleva á mal, volvamos á aquella ciudad, en donde debemos suponer á d'Estrées muy comprometido con la *imperiale e reale polizia*.

Afortunadamente la proverbial hidalguía del mayor Schiller no se desmintió en aquella ocasion. A la mañana siguiente él fué el primero que dió parte al general, jefe de la plaza, de lo ocurrido la noche anterior. Y aunque aquel, en el primer momento montó en cólera y juró que había de vengar la muerte de un oficial como el capitán Gruner en las personas de ambos emigrados; muy luego, con las reflexiones del mayor, el cual había sabido por d'Estrées, aunque en confuso, el motivo de aquella desgracia, mudó de parecer y se contentó con llamar al coronel francés y notificarle rotundamente que en el perentorio término de ocho dias dejara á Venecia. No deseaba este otra cosa; así que, se volvió muy contento á su posada para proceder sin pérdida de tiempo al arreglo de sus asuntos. Allí encontró á Angiolo que le esperaba con el billete de Aguilar; y como aquel le decía la honradez y raro desprendimiento del gondolero, juntamente con su deseo de que le llevase consigo, le dió parte de su entrevista con el general, ordenándole que estuviese pronto para marchar al octavo día. Loco de contento Angiolo, salió presuroso con ánimo de allanar en aquel mismo día los obstáculos que pudieran oponerse á su viaje. —Precipitacion bien escusada, porque el buen gondolero solo tenia que deshacerse de su góndola, y pedir un pasaporte en la *Direzione generale di polizia*.

Dejemos á d'Estrées y su compañero ocupados en los preparativos de su viaje y vamos al alcance del caballero español y su tierna María.

CAPITULO IX.

Corrieron nuestros amantes las tres postas que hay de Fusina á Pádúa sin parar un momento; pero al llegar á esta ciudad creyó Aguilar que debía detenerse algunas horas, sopena de esponer la vida de su amada. La poca ó ninguna costumbre de viajar que tenia esta, y mas que todo las violentas impresiones que había experimentado en aquellos últimos días, la habían conmovido de tal modo que la llama de su vida parecia pronta á apagarse al menor soplo de la contraria fortuna. Siendo, pues, necesario detenerse en Pádúa, buscó Aguilar el *Albergo di Santo Antonio*, el cual á pesar de llevar el nombre mas popular y respetable que se conoce en aquella ciudad, está situado en

un barrio muy poco elegante y no nada confortable (como diria un inglés); pero estas cualidades convenian grandemente al caballero español: detúvose por tanto allí seis ó ocho horas, muy agasajado por el primo de Angiolo, quien al despedirse le dió una carta semejante á la del gondolero para otro primo que tenia en Rovigo la *Locanda de la Corona d'Oro*, y á su vez este le dió otra epístola para otro primo que tenia en Ferrara la conocida fonda *dell'Aquila Nera*. Y solo á la tercera carta notó Aguilar, ó por mejor decir observó con mas cuidado una singularidad que ya le había chocado en las otras, y era que todos los renglones, ya comenzaran con una palabra, ya fuera la continuacion de una empezada en el anterior, comenzaban invariablemente con letra mayúscula: y como las cartas eran de la misma estension y decian poco mas ó menos lo mismo, es decir, cosas muy indiferentes, creyó el español que aquello encerraba algun misterio, puesto que aquellos posaderos lo habían servido con el mayor desinterés y reserva, y al mismo tiempo que no se daban por entendidos con él obraban como si supiesen lo que le importaba viajar con el mayor secreto. A fuerza de dar vueltas á la tercera carta, ocurriole al fin el artificio del acróstico, y uniendo las letras iniciales de cada línea leyó *Nemici dell'Austria*, con lo cual cayó en cuenta de que había en aquel país una masonería perfectamente organizada para deservir al gobierno opresor, muy difícil de adivinar con la apariencia de alegría y bienestar que ofrecia el país dominado, en toda su estension. Como Ferrara pertenece á los Estados pontificios, se detuvieron dos dias en ella nuestros viajeros, despidiendo allí al *vetturino* de Fusina. Con él escribió María á su padre una larga carta, en la cual le referia detalladamente la cobarde villanía del capitán Gruner, la generosidad del español, el cual no contento con vengarla, le había ofrecido conducirla al altar apenas llegasen á Roma; y finalmente, la necesidad que experimentaba su corazón de saber que su adorado padre la perdonaba aquella afrenta, con que sin voluntad ni culpa suya había mancillado sus ilustres canas. La carta iba bajo el sobre de d'Estrées, quien debía entregarla al señor Contarini.

Despues de descansar dos dias en la patria del Ariosto, el cual, sin prever la decadencia de aquella hermosa ciudad, escribía en su tiempo el elogio tan conocido:

.....O citta bene avventurosa....

.....La gloria tua salirá tanto

Ch'avrai di tutta Italia il pregio e'l vanto (4).

No sin visitar sus monumentos, y entre ellos con particular predilección, propia de corazones amantes, el antiguo palacio de los duques, en cuyo recinto meditó y escribió el enamorado Tasso su *Jerusalén*; y el hospital de Santa Ana, en donde el célebre cuanto desgraciado poeta, encerrado bajo pretexto de locura por orden del duque Alfonso, espíó un amor demasiado altivo; siguieron por Bolonia y Florencia su comenzado viaje á la eterna ciudad. Ya en terreno neutral, no deben causarnos ninguna inquietud nuestros viajeros, por lo cual, con la venia del que esta desaliñada historia leyere, iremos en busca de los demas personajes, que aun debemos suponer en terreno enemigo.

CAPITULO X.

Dos dias faltaban para el cumplimiento del plazo que el general, gobernador de Venecia, había señalado á d'Estrées para su salida de la ciudad y su territorio.

Está el caballero francés en la habitación que ya conocemos, ocupado en escribir á sus amigos de Francia el nuevo punto de residencia que ha elegido. Angiolo, que á aquella fecha ya ha vendido su góndola y despidiéndose del gremio, sentado sobre un cogen cerca de la puerta, fuma con deleite en una pipa turca descomunal que le ha regalado su amo interino, y espía los movimientos de este, con la solicitud y sagacidad con que la naturaleza sabia y previsora ha dotado solo al perro; porque este generoso animal es acaso el único entre todos los de la creación, que sea incapaz de abusar de don tan señalado. —Cuando hé aquí que á deshora se oyen pasos en la inmediata escalera, y muy luego asoma por la puerta la estúpida cabeza del *vetturino*, que condujo á Aguilar y á su compañera hasta Ferrara. Angiolo va á su encuentro, toma de sus manos la abultada carta que trae, y dándole algunas *svanzigas* (2) lo despide muy contento. Despues, acercándose al coronel, le dice con alegría:

—*Del mio padrone*. —Escrita en Ferrara, libre ya de la *maledetta polizia* austriaca.

Abrió d'Estrées el pliego, y despues de leer la carta que Aguilar le escribía, tomó su sombrero y se dirigió sin tardanza al palacio Contarini.

CAPITULO XI.

Es inútil que reiframos al lector los juramentos y maldiciones con que el anciano patricio desahogó en los primeros momentos su cólera, cuando al fin del baile notó la falta de María. Incapaz por su organización especial de esas grandes pasiones que segun la educación,

(1) ¡Oh ciudad feliz! Tu gloria subirá á tanta altura, que será la gloria y prez de toda Italia.

(2) *Svanziger* ó libra austriaca, equivalente á algo mas de 78 de nuestras pesetas.

las circunstancias ó acaso, según la estrella de las personas, conducen á las grandes virtudes ó á los mas espantosos crímenes; á una abnegacion sublime ó el mas duro y helado egoísmo: su primer movimiento, su primer pesar fué el pensamiento de que aquella campaña iba á imposibilitar la realizacion de su plan favorito: el enlace de su hija con uno de los dominadores de aquel suelo, cuyas esperanzas de fortuna eran inmensas según él.

No sabía el buen viejo que aquel oficial habia contraído en su primera juventud un enlace desigual, que le habia atraído la animadversion de toda su familia. —Que de aquel matrimonio habia nacido un niño, que aumentó, si era posible, la division entre el joven Gruner y su ilustre familia—y que cuando algun tiempo despues, cansado el ardoroso joven de su desgraciada esposa, quiso reconciliarse con los suyos ofreciéndoles sacrificarla á su orgullo, como estos le desechasen, habia abrazado la carrera militar; no ya como medio de personal engrandecimiento, sino como recurso para alejarse á un tiempo de la familia que lo renegaba y de aquellos miserables seres cuyo único y natural sosten era él, y cuyo solo delito era amarlos y estarle unidos con vínculos indisolubles y sagrados. Otras hubieran sido las reflexiones, otro el pesar del viejo Contarini, si hubiera sabido estas cosas; pero las ignoraba; que para él, bastaban en Gruner las cualidades de noble, rico y austriaco, para querer hacerlo su yerno: de lo demas, como de escasa importancia, no se habia curado, ni poco ni mucho. Notada, pues, la falta de la joven y convencido despues de un examen escrupuloso, de que no estaba en el palacio, su primer cuidado fué el de evitar en lo posible y por el mayor tiempo que le fuera dado, el escándalo de aquella fuga. Volvió al salon principal con el rostro compuesto y la sonrisa en los labios y pretestado que habia atacado á María un accidente repentino, despachó poco á poco á sus alegres convidados. Cuando el viejo se vió al fin solo entre sus criados, serían ya las cuatro y media, es decir, la hora precisamente en que Aguilar y su compañera tocaban la tierra continental en Fusina. Ordenó á todos los de su servidumbre que se acostaran, exceptó á la doncella particular de María, á la cual mandó que le fuese á esperar en el cuarto de su señora. En cuanto estuvo seguro de que nadie velaba en el palacio, se dirigió al cuarto de su hija, en donde lo aguardaba la atemorizada cuanto sorprendida doncella.

—¿Sabes dónde está tu ama? le dijo el airado patricio.

—Os juro, señor, por el bienaventurado San Marcos, que la primer noticia de su ausencia la he tenido aquí, al no encontrarla en su habitacion.

Habia tal acento de verdad en las palabras de la doncella, y era tan sincero su pesar, que el viejo zorro veneciano se convenció á la primera ojeada de su inocencia.

—Te creo, añadió algunos instantes despues. No olvides que solo para tí y para mí, no está María en casa; para los demas está enferma, muy enferma. ¡Acaso nos convendrá que muera dentro de algunos dias! añadió mientras que una sonrisa de implacable rencor contraía sus labios.

—¿Qué muera la señorita! ¿Qué queréis decir, señor? exclamó la atribulada doncella.

—He querido decir que acaso nos convendrá propalar que ha muerto. Si acaso no parece en todo el día de mañana, está irremisiblemente deshonrada; y una Contarini debe morir antes que tal suceda. ¡Morirá, pues, pero será para el mundo; morirá para esos patricios enemigos míos que se gozarían en la vergüenza de mis canas. ¡Cuidado con olvidar mis órdenes!

Y salió rápidamente, dejando sumida á la pobre muchacha en mil dolorosas reflexiones. En cuanto á él, pasó el espacio que mediaba entre aquella hora, y las siete de la mañana, entregado á la cólera mas violenta, y paseándose á lo largo y á lo ancho de su habitacion. Cuando el reloj dió las siete, vistióse, compuso el semblante lo mejor que pudo, y ya iba á salir, cuando un criado le anunció que el coronel d'Estrées queria hablarle. A duras penas pudo reprimir el agraviado Patricio un grito de rabia, y por señas indicó al criado que hiciese entrar la visita.

—Perdonad, caballero, dijo d'Estrées al entrar, saludando con esa fácil y elegante cortesania propia de la clase elevada francesa. Perdonad, si me he atrevido á venir á incomodaros á una hora tan indebida; pero el asunto que me trae es urgente como vereis, y.....

—Decid á lo que venís! gritó brutalmente el agraviado viejo. Puesto que el asunto es tan urgente, debéis dejar á un lado vuestras frases de política francesa.

D'Estrées se mordió los labios hasta hacer saltar la sangre; pero logró dominarse.

—Pues bien, señor, prosiguió con voz trémula; voy derecho al asunto. Vuestra hija....

—Me la habeis robado vosotros. Si; vos y vuestro compañero el noble español. ¡Hidalgo proceder, á fé mia! ¡Falsos amigos! ¡raptores de doncellas! ¡Hé aquí á los caballeros de vuestras tierras!

—¡Ira de Dios! gritó el buen d'Estrées, amarillo de cólera; pero reprimiéndose con esfuerzo, prosiguió con voz mas tranquila:

—Dejad los insultos, si os place, caballero; que entre gentes como nosotros no son necesarios los denuestos. Si no queréis oírme, decidlo de una vez y hemos concluido.

—¡Hablad! ya os escucho.

—Vuestra hija, ultrajada horrorosamente por el

capitan Gruner, dió parte de ello á mi noble amigo el caballero Aguilar....

—Esto es demasiado, caballero, gritó el iracundo anciano. No quiero oír hablar mas de vuestro noble amigo ni de vos. ¡Libertadme de vuestra presencia! ¡Idos!

—Bien está, contestó d'Estrées, trémulo de ira. Sois un débil anciano.—¡Quedad con Dios!

Y salió del palacio Contarini, mas despacio y mas triste de lo que habia venido.

En cuanto al viejo, no bien se vió solo, cuando mandó poner la góndola, y entrando en ella se dirigió rápidamente á la habitacion del general gobernador. Ya sabia este por Schiller todos los pormenores que aquel oficial habia podido darle sobre el horrible duelo de la noche anterior; y aunque no toda la horrible verdad, gran parte de ella sospechaban, por las palabras ocultas que habia oído el mayor á ambos contendientes, en el diálogo que precedió al mortal combate, y por las medias confidencias que d'Estrées le habia hecho, cuando se separaron de Aguilar al volver del Lido. Por esta razon, aunque airado y ardiendo en deseos de vengar la muerte de su subordinado, el general Klagenfurt, al presentarse el señor Contarini pidiéndole justicia y favor, no pudo menos de observarle, que por entonces era lo mas acertado, á su parecer, callar y esperar hasta recibir noticias de María.

—No me queda duda alguna, añadió, de que el caballero español se ha conducido en todo este desgraciado asunto con el mas acendrado pundonor.

—¿Pundonor digisteis, general?... El raptor....

—Antes de robar á vuestra hija, espuso la vida en un combate mortal, por vengar su honor.... Pero ella sola debe contaros estas cosas.... Además... yo no podría aunque quisiera.—De todos modos, creedme, señor de Contarini; volved á vuestra casa, y haced por tener oculta esta fuga hasta ver si tenemos noticias.

—Muy fácil os es á vos, que nada perdeis; recomendarle la calma y la prudencia; pero....

—Yo he perdido casi tanto como vos; acaso mas que vos, replicó severamente el general, puesto que mi pérdida es irreparable. Un joven á quien yo queria como á hijo, uno de los oficiales mas instruidos y valientes del ejército austriaco, el capitan Gruner, en fin, ha muerto esta noche pasada á manos de vuestro enemigo.

—¿Muerto decís?

—A manos del español.... ya os lo dije.

—¿Le habrá asesinado!

—¡Le ha muerto cuerpo á cuerpo, y sin ventaja alguna!

—¿Estais bien seguro?

—El mayor Schiller y el coronel d'Estrées fueron testigos en el duelo. ¡Haced lo que os digo, caballero; y estoy seguro de que luego me dareis gracias. Volveos: no deis parte á la policia; y sobre todo, que vuestra hija esté gravemente indispueta hasta recibir noticias.

—Está bien.... ¡esperaré!

Y el rencoroso viejo salió de casa del general lleno de confusion y dudas con sus palabras. ¿Qué agravio le habia hecho Gruner á su hija? Y cualquiera que fuese ¿cumplia al español vengarle?... Pero el general dá la razon al español, y todo el mundo sabe lo que distinguia al capitan.—Aquí hay algun arcano que no puedo comprender. Esperemos.

Y en consecuencia de aquella resolucion, al llegar á su casa repitió las instrucciones de la noche anterior á la doncella de María; y muy luego toda la servidumbre, y poco despues toda Venecia, supo que María Contarini estaba gravemente enferma. Así pasaron los primeros seis dias. El anciano no salia de su cuarto, esperando á cada momento recibir noticias de su hija. Aquella ansiedad le habia envejecido diez años en tan breve espacio de tiempo. En la mañana del sexto día le anunció un criado al coronel d'Estrées.

—¡Que entre al punto! gritó el anciano, esperando que el francés le trajese las ansiadas noticias.

D'Estrées, recordando el recibimiento que habia tenido cinco dias antes, entró con muy poca ceremonia y rebosando alivie todos sus ademanes; pero la primera ojeada que dirigió el anciano, lo desarmó completamente. ¡Tal expresion de angustia y padecer presentaba su fisonomia! Saludóle con el mayor respeto y le presentó en silencio la voluminosa carta de que era portador.

—Sentaos, coronel, dijo el anciano, y abrió precipitadamente el pliego.

D'Estrées, aparentando examinar un libro que habia sobre la mesa de despacho del señor Contarini, observaba escrupulosamente al anciano. Este fué leyendo muy despacio la carta, sin dar otra señal de las violentas impresiones que su lectura le causaba, que la extraordinaria palidez de su semblante, y algunas lágrimas que involuntariamente brotaban de sus ojos. Acabó por fin, y alargando á d'Estrées la diestra:

—Coronel, le dijo profundamente conmovido, los hombres de nuestro temple son generosos. Os pido perdón....

—No prosigais, mi venerado señor, dijo el generoso francés interrumpiéndole: yo no recuerdo nada, sino vuestro justo dolor.

—¡Gracias, joven, gracias!.... ¿Cuándo les escribiréis?

—Pienso no hacerlo, porque mañana ó pasado salgo de Venecia para reunirme con ellos.

—Entonces llevareis una carta para mi pobre María.

Tambien yo iré á vivir cerca de ella, si el que vá á ser su esposo lo permite....

—¿Qué hablais de permitir? Os lo rogará con todo su corazon. Estad seguro.

—¿Se os parece vuestro amigo?

—¡No conozco ningun hombre que pueda ser comparado con él!

—¡Mucho le quereis!

Y el joven y el anciano se separaron aquella vez los mejores amigos del mundo.

En cuanto á la reserva, ó mejor dicho la falsa voz que habia estendido el señor Contarini sobre la enfermedad de María, diremos que al segundo día, abrumada la doncella con el peso del secreto, lo confió bajo el mayor sigilo á uno de los lacayos, que era su amante. Bien entendido, que solo le dijo que la señorita se habia fugado; el por qué ni el cómo, lo reservó naturalmente, puesto que no lo sabia. El lacayo lo confió bajo la misma reserva á un su amigo; este á otro; y así, de mano en mano y de boca en boca, al octavo día todo Venecia estaba en el secreto. Y como coincidiese la fuga con la muerte violenta del capitan Gruner y la desaparicion de Aguilar, nos vemos en el caso de confesar al lector que la poblacion entera de Venecia adivinaba poco mas ó menos, si no toda, gran parte de la verdad de aquel suceso.

(Se continuará.)

CORREOS, SILLAS DE POSTA, Y DILIGENCIAS

EN INGLATERRA.

La casa de correos en Londres es muy digna de ser visitada por los viajeros, no por su belleza artistica, sino por la inmensidad de los trabajos que allí se ejecutan, y por el orden y la sencillez que presiden á estas importantes operaciones.

Este lugar en efecto es el centro de una correspondencia que se estiende á los confines de los dos mundos; las cartas parten de allí regularmente para la India, para la China, para la América, para la Nueva Holanda, para el Ecuador y para la zona glacial; solo el pueblo inglés nos pone en relacion con los demas pueblos de la tierra, y solo él muestra su pabellon desde el archipiélago Jonio hasta las islas del mar del Sud.

La multiplicacion de las relaciones á las cuales debe satisfacer la institucion de los correos en Inglaterra, exige un orden perfecto en la distribucion del trabajo; es menester examinar de cerca la organizacion de las oficinas para ver de qué manera ha sido satisfecha esta condicion; todo esto debe examinar el viajero verdaderamente curioso, sin limitarse, como lo hacen casi todos, á la simple inspeccion de la fachada, ó á una rápida ojeada en lo interior del establecimiento.

Una de las circunstancias que mas llaman la atencion de los extranjeros que visitan por primera vez la casa de correos de Londres, es la presencia de una multitud de inscripciones colocadas en toda la estension del vasto recinto de las oficinas, no solamente en las principales avenidas, sino ademas en las menores subdivisiones de las mismas oficinas.

Cada empleado está allí, por decirlo así, designado de antemano para atender á las personas, cuya correspondencia debe servir, y merced á estas numerosas indicaciones, la multitud de los negociantes, de los extranjeros, de los criados etc. halla sin guia y en silencio la oficina donde debe servirse al viajero exactamente y con prontitud. Es un espectáculo verdaderamente curioso el que presenta este servicio tan vasto y tan variado, que calcula, según las probabilidades, las tardanzas, y todos los cambios desfavorables, y dice con exactitud, en muchos casos, la época del regreso de la correspondencia que se ha enviado á lo interior de la India, como si únicamente se tratase de un billete de convite dirigido á un amigo que morase en alguna calle situada á larga distancia.

La renta anual de los correos en Inglaterra, no habia de ochenta millones de reales en 1793, y hoy asciende á mas de doscientos cuarenta millones de reales. A primera vista parece exagerada la cantidad, pero no parecerá así, si se tiene presente el mucho precio que indica la tarifa del transporte de las cartas, y la tasa impuesta á los periódicos. En este país, donde las antiguas instituciones son tan difíciles de destruir, costaria tambien mucho trabajo reducir á una cifra razonable, una tasa tan contraria al progreso de la industria, y añadirnos igualmente, á la propagacion de las luces. Los empleados de la administracion de correos en Inglaterra, que sacan grandes beneficios del movimiento de la correspondencia y de los papeles públicos, han hecho una grande oposicion á todas las medidas de reduccion que se han propuesto. Gracias á estas disposiciones enfadosas, al genio fiscal que igualmente caracteriza la administracion francesa, el necio orgullo que separa todavía á estas dos naciones, en otro tiempo rivales, los papeles públicos y las cartas no pasan de un país á otro, sino gravadas en el tránsito de ambas fronteras con dos enormes impuestos, contra los cuales reclamará eficazmente el público, cuando se halle mas al alcance de examinar los perjuicios de este sistema tan pesado y complicado, que se llama máquina gubernamental.

Llamando la atencion de nuestros lectores acerca de las imperfecciones de que adolece la institucion de

correos en Inglaterra, no negaremos que tampoco la de España es la mas perfecta, pero diremos de paso que se han introducido mejoras, ó se han procurado introducir en nuestros dias por ambas partes; por eso vemos que se ha tratado de acelerar el transporte de los despachos entre Londres y España, con lo cual ha ganado el servicio interior de España en estos últimos años, con relacion á la celeridad y á la exactitud, pero esto no ha evitado aun las reclamaciones que hacen continuamente acerca del mismo asunto los periódicos españoles y franceses.

Los *mail-coaches*, destinados en Inglaterra al tras-

entre los hombres mas pequeños, y su traje, que no se compone mas que de una chaqueta redonda, de un calzon corto, y de botas vueltas, están calculados de manera para reducir lo mas posible el peso que llevan los caballos.

Los arreos, que pasan de los carruages de la ciudad á las sillas de posta, no experimentan ningun cambio en este último destino, y son notables por su excelente estado de conservacion.

Los *stage-coaches* corresponden á nuestras diligencias; estos son carruages muy elegantes, contruidos para transportar de quince á diez y ocho viage-

con ella el lecho conyugal, de la madre que le arrebató su hijo, ese inapreciable pedazo de sus entrañas, ó de los hijos á quienes separaban del padre que les sustentaba. Pocos se contaban que no tuviesen que llorar á un pariente ó á un amigo, que se les ponía incomunicados, cargados de hierro, y sin permitirseles llevarles la comida; pues se les obligaba á que la tomaran de la cantina pagándola á triplicado precio.

LXXV.

Hemos dicho que no habia pruebas legales de la



Vista de la casa de postas de Londres.

porte de los despachos, con carruages de cuatro asientos en el interior y de seis en la imperial. En la parte trasera del carruaje va colocado el *guarda*, que lleva delante un esmeril ó trabuco y un par de pistolas. Estos carruages viajan á razon de diez millas por hora, (cuatro leguas cortas españolas); pero dichos carruages son incómodos durante el tránsito á causa de la poca estension de sus asientos.

Las postas para el transporte de los viajeros y de los comerciantes en Inglaterra, están organizadas bajo bases enteramente distintas de las que rigen este género de servicio en el resto de Europa; no son objeto de un privilegio esclusivo. Por medio de una licencia, que no puede negarse á nadie, los puntos de enganche y paradas se establecen segun el capricho ó la voluntad de los que poseen la licencia. La concurrencia que resulta, no hace sin embargo bajar el precio de los viajes, el cual, es casi igual en todas partes, excepto en Londres; el número de caballos es siempre de dos ó de cuatro, sin consideracion á los viajeros, ni á la forma ó pesantes de los carruages.

Cuando alguien quiere servirse de una silla de posta, los empresarios están obligados á proporcionarle un aumento de precio; estos carruages que tienen una forma poco elegante, son no obstante cómodos y á propósito para caminar de prisa.

La Inglaterra no tiene como la Francia, una raza de caballos destinada especialmente al servicio de las postas; la mayor parte de los animales que emplean en este servicio son caballos de tiro ó de silla, que han quedado inútiles para este ó aquel uso, y que antes de ser enganchados á los coches de alquiler ó á los carruages, acaban en este destino con el resto de sus fuerzas. Su ligereza corresponde en parte con lo que parece prometer sus formas elegantes, y recorren de ocho á nueve millas (cerca de tres leguas y media) por hora, comprendiendo en este período el tiempo de descanso. El guarda con su larga trompa advierte desde lejos á los conductores de los carruages que pueden tener su marcha.

La estatura de los postillones, siempre escogidos

ros y una carga bastante considerable de maletas ú otro género de equipage, pero para transitar por caminos reales; esta última condicion es de rigor, pues sin ella, la elevacion de los coches, la reparticion de la carga, colocada esclusivamente sobre la imperial, y la ligereza de la caja, prestarian ocasion, como en España, á numerosos accidentes.

SEMANA HISTORICA.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

1827.

LXXIV.

Preparado así todo; solo la poblacion descansaba en el mayor reposo. Pero pronto se vió interrumpido con la voz de que existia una conspiracion para proclamar la constitucion del año 20, cuyo plan se suponía madurado hasta el punto de que solo faltaba el momento de dar el golpe.

Sin pruebas que legalizaran estas voces, bastaron ellas solas para difundir el terror en la pacífica Barcelona. Esa misma carencia de pruebas era la principal causa del aumento de ese terror que llegaba á todas las personas; porque veían solo un pretexto para nuevas persecuciones, para vengar resentimientos, para ejercer una dictadura que fué mas allá de lo que todos creyeron en un principio.

En medio de situacion tan angustiosa, empezaron prisiones sin cuento, por interminables listas. De veinte, de treinta, de cuarenta en cuarenta eran conducidos en el silencio de la noche á la ciudadela y encerrados en los mas lóbregos calabozos. Esa dulce tranquilidad de la noche, solo era alterada con el llanto que arrancaba á la esposa la prision del que compartía

conspiracion; mas no negamos que dejara de existir pero no la conspiracion, sino el deseo de ella. Y este solo deseo, ¿constituye un crimen? Preciso es que dilucidemos aquí, si se debe confundir el conato de una conspiracion ó conjuracion, con la conspiracion misma, y si se debe aplicar todo el rigor de la ley, lo mismo al que tiene el deseo que al que lo ejecuta.

Si no ultrajamos á Dios dejando de reconocer el libre albedrío del hombre, se debe respetar la libertad del pensamiento cuando este es individual, es reservado, cualquiera que sea el sistema que rija á una nacion. Si alguno pensaba mejorar su triste situacion política, no hubo esa libre emision del pensamiento, porque no tenemos noticia, por mas que la hemos procurado, de que se imprimiese la menor idea que pudiera constituir delito, atendida la clase de gobierno que habia entonces en España, que no podía ser menos tolerante. Enhorabuena se castigue una conspiracion que puede trastornar el orden social y causar desgracias sin cuento, irreparables, en los intereses y en las personas de un pueblo; ¿pero, hay derecho para defender siquiera el castigo de un deseo? Si las leyes divinas vuelven la tranquilidad á la alterada conciencia del que la ha perturbado con la sola intencion del pecado, ¿pueden castigar las humanas con el mismo rigor la intencion que la culpa? ¿No valen tanto para la sociedad la moralidad de la conciencia religiosa, como la de la conciencia civil, si nos es permitida esta frase?

Por débil que sea el gobierno, y prescindiendo de que él conspire con sus actos contra la tranquilidad pública, ¿necesita para la defensa de sus gobernados, del verdugo para castigar la intencion del extravío, de quienes son hijos de la paternal autoridad de un gobierno? ¿Se gobierna con el suplicio? ¿Se previenen con él las conspiraciones?... «Mas enemigos, dice Guizot, ha hecho la revolucion con el uso de la pena de muerte en política, que cuantos hubieran podido suscitarle todas las producciones, todos los ratiocinios de una filantropía ilustrada y filosófica.»

Muchas de las columnas de nuestro periódico pudiéramos llenar con semejante cuestion; pero bástenos

lo dicho para probar la arbitrariedad de las penas que veremos impuestas de un modo inusitado en los que llenaban los calabozos de la ciudadela de Barcelona. Proseguiríamos, sin embargo, en nuestra tarea, si no se rozase con otras que no ha llegado aun el tiempo de tratarlas... y que podían hacer creer oficiosamente á algunos que descendíamos del terreno de la historia al de la política, de la cual huimos.

LXXVI.

Desdeñando el conde de España el sobresalto y la alarma de todo el principado, creyó deber dirigirle la palabra; pero no con antelación á sus decisiones, porque no pareciese como una consulta á la opinión pública, sino precediéndolas á fin de que sirviera para dar cuenta de ellas, é impusiera el terror con el asombro. Esto se propuso y esto consiguió con la siguiente publicación, que para honor del conde, y para decoro de nuestra patria, quisiéramos hubiera desaparecido hasta la memoria de un escrito que juzgarán nuestros lectores.

«Capitania general del ejército y Principado de Cataluña.

ARTÍCULO DE OFICIO. El Principado de Cataluña gozaba de los preciosos beneficios de la paz debida á la gloriosa y paternal resolución del rey nuestro señor (que Dios guarde) de venir por sí mismo á preservarle de los estragos de la anarquía, resultado inevitable de una sublevación criminal y funesta, á la que contribuyeron por una parte hombres perdidos, enemigos solapados del rey y del estado y otros incautos, sin sondear antes el abismo que ellos mismos iban abriendo bajo sus propios pies; y por otra los factores de la rebelión de 1820, los que mas diestros en la carrera del crimen aprovecharon mañosamente el concurso de causas y disposiciones preparadas por ellos mismos, como un medio seguro de desunión que abría un nuevo campo á su fementida esperanza, llegando al estremo en aquella crisis lamentable de ofrecer su peligrosa asistencia, ofrecimiento que fué rechazado con indignación, como es notorio á toda Cataluña.

Las tropas reales observando la mas laudable disciplina y la mas honrosa conducta, oportunamente distribuidas, aseguraban el sosiego público; restablecido el respeto á los tribunales y autoridades, todos los estados y condiciones restituidos á la pacífica posesión de sus bienes y derechos, es público que las personas y propiedades de todos, sin escepcion de compromisos en revoluciones y agitaciones sucesivas, se hallaban igual é imparcialmente protegidas.

Un cuadro tan satisfactorio para todo fiel vasallo del rey, era un tormento para aquellos hombres avaros á revoluciones, que semejantes á las fieras del desierto se alimentan solo con sangre. Agentes de la infame rebelión de 1820, impulsados por sus cómplices de fuera y dentro del reino, trabajaban para volver á encender la tea fatal y sangrienta de la anarquía y de la impiedad! Una conspiración, á la par que criminal en el intento, horrenda en los medios, se estaba urdiendo; Barcelona, por su importancia militar y su influencia civil, fué elegida por el teatro en que debían renovarse las escandalosas escenas de 1820; mientras segun resulta de avisos y correspondencias oficiales, revolucionarios refugiados en otros países se acercaban á la frontera del Principado, uniéndose á estrangeros la hez de largas revoluciones, y á la parte mas criminal de la pasada sublevación, encubiertos bajo el manto de descontentos políticos, ó sea agravados.

Tales eran los fatales elementos con que se iba engrosando la densa nube que se preparaba á descargar sobre esta bella é industriosa parte de la monarquía, todas sus pestilenciales materias. Esta es la verdad probada por resultancia de los autos que han pretendido deslumbrar correspondencias (interesadas sin duda) valiéndose hasta de una gaceta oficiosa, impresa mas cómodamente al otro lado del Vidasoa.

La Divina Providencia que quiere conservar á la católica España con los beneficios de una monarquía paternal, los consuelos de la religion, dispuso que una feliz y oportuna revelación manifestase las tramas de los conjurados. Las autoridades, fieles á sus deberes, tomaron providencias proporcionadas á las circunstancias: varios fueron arrestados, otros buscaron su salvación en una precipitada fuga; convictos ó confesos los primeros, en los autos de acusación por declaración, ratificación y confrontación, con arreglo á las leyes para semejantes privilegiadas causas, oídos los alegatos de sus defensores nombrados de oficio, segun práctica de los tribunales en causas de esta naturaleza entre los gefes mas respetables del ejército, por sentencia debidamente consultada y asesorada, el juzgado de guerra ha pronunciado la pena capital impuesta á los conspiradores y sediciosos que atentan á los sagrados, legítimos, absolutos derechos del rey, á la seguridad de sus plazas y dominios, con arreglo á las leyes y reales decretos de 17 y 21 de agosto de 1823, mandados observar espresamente en este principado, la que anunciada por el cañon de la Ciudadela, se ha verificado en la mañana del 19 del actual, en que fueron lanzados á la eternidad los reos confesos ó convictos cuyos nombres se espresan en la relacion que acompaña.

Leales catalanes: calmen los recelos de vuestra fidelidad y religiosidad alarmadas. El rey nuestro señor por decreto de su propia augusta mano tiene ya manifestado que su real voluntad no permitirá que que-

vas, peligrosas teorías, y aventuradas doctrinas, alteren jamás las veneradas fundamentales leyes y sabias instituciones de su católica monarquía, que reúnen la sancion de la experiencia de largos siglos de prosperidad y de gloria.

Es llegado el tiempo en que los revolucionarios de 1820, y los sediciosos de años posteriores conozcan que un pronto, necesario, y saludable castigo, será el resultado inevitable de sus tramas; que la autoridad legítima que el rey tiene de solo Dios, debe ser respetada y acatada por todos los estados y condiciones.

No, no se verán ya mas en la católica España los estragos funestos de la impiedad y de la rebelión. Los perversos de 1820, oprobio indeleble de la carrera de la fidelidad y del honor, vendidos vilmente al oro estranero, espelidos de las filas de un ejército fiel, no valdrán á atentar contra la seguridad de la monarquía. No, no se verán mas confundidos entre viles revolucionarios ninguno de los que pertenecen á los estados y clases que heredan los deberes de constante lealtad al rey, antes de heredar privilegios y propiedades concedidos á antiguas virtudes y servicios, con la siempre existente condicion de continuarlos. No, no, el capitán general del Principado, los generales empleados en él, y los gobernadores de sus plazas, no dejarán ajar la parte de autoridad que el rey se ha dignado depositar en su fidelidad durante su real beneplácito.

Las centinelas de la monarquía colocadas por la confianza del rey sobre el horizonte político, no verán por cierto sus peligros bajo cualquier color que se presenten, con el vidrio opaco ó deslumbrador de 1820.

Los tribunales aplicarán sin contemplación el justo castigo de las leyes, á las escepciones del real indulto contra delitos y ofensas públicas, que errores políticos, ni circunstancia alguna puede escusar: y los empleados en todas las carreras, se dedicarán por una conducta leal á poner á cubierto la responsabilidad de los que los han propuesto para los empleos que deben á la piedad del rey.

Pero si, lo que no es de esperar, dejase algun resorte de corresponder á su objeto, tengan por cierto los factores de la rebelión de 1820 y los de las sediciones sucesivas, que el rey nuestro señor no necesita mas que una señal de su real voluntad, para que la España entera, católica, y realista en su inmensa mayoría, levante al momento su corazón leal y su esforzado brazo en defensa de los altares de San Fernando y de San Luis, y del trono de Carlos III, en que la Providencia se ha dignado colocar un rey verdaderamente augusto, que no solamente reina sobre las Españas, en virtud de la preciosa legitimidad que para la felicidad de los pueblos, asegura los mas augustos derechos, al paso que marca todos los deberes; pero igualmente sobre los afectos de amor y de gratitud de todos los españoles, que solo anhelan por su largo reinado, su felicidad, la de la virtuosa reina nuestra señora, y de toda su augusta real familia.—Barcelona 19 de noviembre de 1828.—El conde de España.

«Relacion de los reos confesos ó convictos del crimen de alta traición, conspiración contra los sagrados legítimos y absolutos derechos del rey nuestro señor, que Dios guarde, seguridad de sus plazas y dominios, condenados á la pena capital por sentencia debidamente asesorada, pronunciada por el juzgado de guerra del Principado de Cataluña, y ejecutada en la mañana de hoy.

Don José Ortega, coronel graduado que fué, siendo sargento mayor de infantería y primer ayudante del regimiento infantería del infante don Carlos. En 1820 fué nombrado gobernador del castillo de Monjuí de la plaza de Barcelona por los revolucionarios el mismo dia que alzaron en esta plaza el grito de la rebelión. Permaneció en este empleo hasta el mes de noviembre de 1823 en que entraron las tropas aliadas. En seguida marchó á Francia con pasaporte del ex-general Mina, de donde regresó y volvió á marchar á Gibraltar cuando las ocurrencias de Tarifa, habiendo vuelto á Barcelona con el fin de emplearse en tramas revolucionarias poco antes de evacuarla las tropas francesas.

Don Juan Antonio Caballero, teniente coronel graduado, capitán del estinguido regimiento de infantería de Mallorca, se hallaba en Barcelona con licencia indefinida. A fines de 1827 fué destinado á Guadalajara, pero en lugar de marchar á su destino, se quedó escondido en esta plaza, de cuyo tiempo no cesó de emplearse en tramas revolucionarias.

Don Joaquín Jaques, teniente con grado de capitán, ascendido por el ex-general Mina, sirvió en el regimiento de Málaga y se hallaba con licencia indefinida en esta plaza.

Don Joaquín Dominguez Romero, teniente graduado: fué del estado mayor del ex-general Mina hasta fines de 1823: obtuvo su licencia indefinida el año 1825, fué procesado como agente de una conspiración en la plaza de Tarragona; el año 1826, volvió á fraguar otra; y en esta última era uno de los agentes mas activos.

Ramon Mestre, sargento primero del regimiento infantería ligera de Gerona, fué hecho prisionero perteneciendo al ejército constitucional; fué destinado despues al citado regimiento.

Francisco Vituri, sargento segundo del espresado regimiento, en 1819 empezó á servir de soldado, y en mayo de 1823 ascendió á sargento segundo, en noviembre del mismo año obtuvo su licencia absoluta, y en mayo de 1824 sentó plaza en el regimiento de Estremadura, donde pasó al de Gerona.

Vicente Llorca, cabo primero del regimiento caballería del Rey, fué quinto el año 1824.

Antonio Rodriguez, cabo primero del mismo regimiento, fué quinto en 1824.

Don Manuel Coto, empleado en la secretaría del resguardo de rentas, fué sargento en el regimiento segundo de Cataluña, y el año 24 fué empleado de teniente honorario del resguardo.

José Ramonet, cabo primero de artillería, licenciado en diciemhre de 1823, volvió al servicio en diciemhre de 1825.

Magin Porta, paisano, pintor, fué miguelete (1).

Domingo Ortega, paisano.

Don Francisco Fidalgo, profesor de lenguas vivas. En el tiempo de la Constitución fué secretario del gefe político de Huesca; desde el año 1826 ha estado en tramas revolucionarias.

LXXVII.

En el momento de la ejecucion de estos desgraciados; á la vista de su sangre humeante, tuvo lugar un acto tan horrible que por respeto á los entonces ultrajados sentimientos de la humanidad no referimos, como tampoco insertamos una esposicion del excelentísimo señor don Manuel Breton, teniente de rey en aquella sazón de la ciudadela de Barcelona, el cual como testigo de cuanto en ella sucedia, refiere las crueldades mas inauditas.

Don José Ortega, uno de los trece fusilados, prefirió acabar de una vez sus dias á sufrir la muerte tan cruel y lenta que le prometian sus padecimientos, y al efecto se hizo una incision en un brazo con un hueso de gallina; pero no produciendo el resultado que apetecia, y sin valor para continuar ejecutándolo, desistió de su propósito, y fué á morir al patíbulo.

El estampido del cañon anunció las anteriores ejecuciones. Los inanimados troncos de las victimas fueron conducidos por presidiarios á la horca, de autemano puesta en medio de la esplanada frente á la ciudadela. La sangre, los destrozos de sus cráneos se veían con horror derramados por uno y otro lado, y presidiendo este espectáculo, mas repugnante aun por ciertas particularidades, se hallaba el conde de España.

En cuanto se publicó el escrito que hemos reproducido, aparecieron varios impresos, desmintiendo que hubiese en las causas ratificaciones, confrontaciones, ni otro trámite que una simple declaración, y mucho menos careos ni defensas públicas ni secretas.

LXXVIII.

No bastaba ir al suplicio: era menester continuar la persecucion que alcanzaba á las familias de las victimas, enviando desterradas á las que no iban á presidio.

El 26 de febrero de 1829 volvió á retumbar el funeral estampido del cañon de la Ciudadela, y á enarbolar el pendon de la muerte. A poco se vieron pendientes del suplicio los cadáveres de cuatro desgraciados de los once que acababan de ser lanzados á la eternidad, segun la frase favorita del conde. Aparece el periódico, corren todos con los ojos anegados en lágrimas y oprimido el corazón con la mortal ansiedad de la incertidumbre, por ver si está el nombre del padre, del hijo, del esposo, del hermano, del amigo... y leen en él los nombres de las nuevas victimas que eran las siguientes: Los tenientes coroneles don José Rovira, y don Félix Soler (2); Joaquín Villar, José Ramon Nadal, Jaime Clavell, José Medrano, Pedro Pera, Sebastian Puig, Serra, Sanz y Pep Morcaire.

Tambien dió cuenta el conde de estas nuevas ejecuciones, y continuó el terror y las prisiones mientras se preparaban otras.

LXXIX.

¡Cuán horrorosa era en tanto la situacion de los presos! Sin un ruedo donde dormir, yacian en inmundos calabozos que se les tapiaba so pretexto de que unos á otros se hacian señas, y se obligaba á los presos á que cada mañana rodeados de centinelas, sacasen los servicios de los calabozos y ellos mismos se hicieran la limpieza. Cuanto pudiera humillarlos, y hacerles penosa la existencia se empleaba contra ellos. Mas de diez y siete suicidios se contaron. A falta de otro instrumento de la muerte se ahorcaba uno colgándose de una sábana; otro se agujereaba el cráneo, dándose los golpes con un clavo que habia por casualidad en la pared; un hueso servia para ahogar á otro, y en fin, qué otra muerte podria dar mas horrible idea de su situacion, cuando hubo quien se hizo una incision en la garganta con un pequeño vidrio, y metiendo por ella los dedos se desgarró las carnes hasta abrirse una brecha suficiente para desangrarse....

Exagerados cuando no fabulosos habíamos creído estos hechos, antes de haberlos consignado, no ha mucho en una obra (3); pero en Madrid residen testi-

(1) Este infeliz fué al patíbulo para completar el número de trece, descabado por haber comprado su libertad uno de los reos, sustituyéndole en la capilla el desgraciado Porta.

(2) Seducido este infeliz por las promesas del fiscal á su juicio trastornado, salia cada noche con el fiscal y una escolta á recorrer las calles en busca de cómplices, por salvar su vida. El que tenia la desgracia de ser por él señalado quedaba inserto y se le capturaba. Acabada esta pesquisa fué ajusticiado.

(3) Biografía del conde de España.

gos de tales horrores, de cuyos labios los hemos oído; aquí se halla el señor Drumen, y aquí el Excmo. señor Mesina, á quien afeitaron la cabeza, y aquí hay otros y otros que lloran aun la pérdida de sus parientes y la ruina de sus familias.

LXXX.

El fatídico cañon, indicio del sacrificio, sonó por tercera vez, y á su estruendo, unido al de la fusilería, que dirigió las descargas á las víctimas, quedaron caídos don Pedro Mir, Domingo Prats, Manuel Lopez, don Antonio de Haro, don Juan Crotet, Salvador de Mata, Manuel Sancho, Manuel Latorre y Pando, y Antonio Vendrell; cuatro de los cuales fueron, según costumbre, colgados de la horca...

Las escenas del reinado del terror en la república de Robespierre, se reproducían en Barcelona: ya no se podía ni aun interceder; se cerraron varios establecimientos públicos, se escondían las personas, no se salían en las calles, ni aun los amigos por no dar lugar á sospechas, y lo intenso del dolor tenía sumidos á los barceloneses en una especie de estúpido marasmo.

El conde de España, para imitar á sus compatriotas de cuando les hacia la guerra como vendeano, solo le faltaba haber agujereado los buques que conducían á los presos, y hecho unas cuantas parodias de los matrimonios republicanos.

LXXXI.

Tantos horrores nos cansan, y á tener que narrarlos seríamos interminables.

El terror se hizo moda. El mismo fiscal, el inolvidable Cantillon, para aterrorizar mas á los acusados, tenia en frente de la mesa, delante de algunos libros que habia en el suelo, y en parage donde el declarante pudiese verlo, un cráneo ó calavera, como pretendiendo indicar al desgraciado la imagen de lo que habia de ser en breve su cabeza.

A. P.

SEMANA MOSAICO.

LA MASCARA.

Quien quiera que seas, lector, muger ú hombre, cuando al volver de un baile de máscaras arrojas tu traje y te quitas la careta, ¿no te ha sucedido alguna vez mirar y remirar vagamente antes de arrojarlo ese rostro postizo que te ha prestado por toda una noche, perteneciendo al sexo feo, una fealdad mas grande que la tuya, la alegre expresion de su sarcasmo, su boca sonriente tan libre, tan cinica, tan loca; y si eres muger, sus ojos sombríos del fondo de los cuales lanzan los rayos exaltados miradas de fuego, sus labios carmesíes que ninguna palabra compromete, y sobre todo ese inimitable negro, que parece responder como la odalisca al príncipe del templo de Salomón, al espionaje y á los misterios de la intriga: *¿Nigra sum sed formosa?*

Después que te despojas de ella mirate en un espejo. Ya eres viejo, achacoso, decrepito. Una hora de baile ha sido para ti lo que seria un siglo para el rostro que te ha diestramente parodiado. ¡Ay! la vida ha huido de tus órbitas, en que no brillan carbunclos como hace un momento, están vacías y empañadas como los vidrios de una linterna recién apagada. Tu boca de carmín, en que se agitaba y reía una lengua borracha, no es mas que una hendidura estúpida y grosera que solo cabe hostezar. Espectro de los festines, que te desliza fantásticamente entre los vapores del baile, el sol de la cuaresma te ha cambiado en una sombra ridícula, ya no eres mas que una cosa sin nombre, un cascabel vacío, un autómatas sin goznes, el recuerdo de una carcajada, un giron de talco, que todo lo mas si debe arrojarse á un armario de madera, á uno de esos almacenes donde se guardan las botellas y los guantes viejos, los pomos vacíos, las flores marchitas, las cartas de amor antiguas, y todos los restos frívolos del carnaval y de la juventud.

Puesto que aun no han sonado los lúgubres dobles del miércoles de ceniza, ¿por qué no hemos de ocuparnos un momento en preguntar á la máscara su origen, su fisonomía, su metamorfosis, su historia, en una palabra?

¿Su historia? ¿qué hemos dicho? su historia es casi tan antigua y tan complicada como la del género humano. Contentémonos con hojear rápidamente algunas de sus páginas; las mas cortas si es posible.

¿Quién es el inventor de la máscara? ¿Quién fué el primero que osó plagiar á Dios?—El diablo! me responden á la vez una multitud de libros *in folio* podridos, y pelantes, como los casuistas que los escribieron.—El diablo, padre de la mentira! El primero de sus muchos disfraces data del Paraíso terrenal, y tan á maravilla le salió, que desde entonces no ha sido para él la naturaleza otra cosa, que un inmenso vestuario que vuelve y revuelve sin cesar, desde el bruto hasta el hombre, para renovar los trages de su carnaval tentador.

¿Y quien bajo la lujuriosa apariencia de súcubo

aguijoneaba los deseos de los cenobitas dormidos en sus lechos de arena; él era el que disfrazado de incubo se introducía en los virginales recintos de los monasterios, y emponzonaba con su aliento impuro los ascéticos delirios de las religiosas; él era el que acurrucado bajo las alas de un moscardon, zumbaba en torno de la Biblia de Lutero para distraerlo de su trabajo; él era el que vestido de obispo cantó en 1230 las vísperas de la iglesia de Clairvaux, y bendijo con su pezuña, oculta con un guante rojo, á los fieles que de rodillas le escuchaban; él era el que bajo la linda cara de Florinda sedujo á don Rodrigo, y provocó la traicion del conde don Julian.—En el siglo XVI se nos aparece con la forma de un crucifijo; en el XVII con la de un rosario; y movilizado, impalpable, aéreo de tal manera, que se introduce como un aroma en las mansiones mas sagradas.

Y tantas veces como se ha disfrazado últimamente de monarca, de ministro, de embajador, de general, ¿no ha alcanzado cuanto queria, turbar la paz de los pueblos y la de las familias, verter torrentes de sangre, embrollar los asuntos de los estados, y hacerse déspota absoluto de todos los hombres, sin distincion de ninguna especie? ¿Qué es la Inglaterra, sino el demonio disfrazado de mercader, con frac negro, corbata blanca, y su racion de *spleen* correspondiente? ¿Qué la Francia sino Satanás, vestido de arlequin, con sus puntas de literato, sus ribetes de filósofo, sus arranques de reformista, sus pretensiones de diplomático, y sus trasportes de locura? ¿Qué es la España, sino el mismísimo diablo en persona, con un disfraz incomprendible?

Y á fé que no debe quejarse Satanás, si gusta del renombre y de la preponderancia del *puff*, pues con esos atavíos modernos ha conseguido mas de lo que debía esperar de un siglo que se llama ilustrado y sabedor á boca llena.

En otras ocasiones toma la apuesta figura de don Juan Tenorio, ó de Lovelace, y se entretiene en seducir doncellas. En otras llama misteriosamente a la puerta de un alquimista, que pasa las noches de claro en claro en busca del oro, se le ofrece como un compañero admirador de su saber, y cuando el visionario se pone á estudiar el curso de las estrellas, le apaga los hornillos, le rompe los crisoles, ó aguarda á que se vista su ridículo disfraz, á que se incline sobre los hornillos con el fuelle hermético en una mano, y la careta de cristal sobre el rostro, y le desnuda de un pezozon, y se le lleva á practicar sus operaciones químicas en el infierno.

¿Qué mas podré deciros, lectores de mi alma? Nuestros abuelos se vieron precisados á fundar una ciencia para la clasificacion de sus innumerables y continuas metamorfosis, y llamaron á esta ciencia la *demonología*.

En vano la edad media puso empeño en perseguirle, en castigarle, en destruirle; porque él, refugiándose de sexo en sexo, de naturaleza en naturaleza, de edad en edad, desorientó á sus tenaces perseguidores. Y cuenta que los hombres de aquellos tiempos no se andaban en chiquitas y le declararon una guerra á muerte muy parecida á la caza del ciervo, con sus ojeos, sus batidas, sus aguardos, sus acechos... Y los cazadores eran nada menos que legistas, sacristanes, inquisidores... con su brillante séquito de hisopos, de exorcismos, de libretos en latin, de tormentos, y de hogueras por añadidura.

Pero quemar al diablo equivalia á quemar una salamandra.

Que el demonio, tomando el nombre y la forma de un tal Galileo, asegura que la tierra gira en derredor del sol.—Quemad al diablo.—Y Galileo vá á la hoguera aunque murmurando el imbécil: *epour se muove*,—ello es que gira.—Que una humilde doncella de Orleans, aconsejada sin duda por el demonio, se obstina en vencer á los enemigos de un rey estúpido, y lo consigue, y pone en la frente de aquel rey—en Reims—una corona que no merecia.—Quemad al demonio.—Y Juana de Arco vá á la hoguera.—Que un español oscuro ha dado en la manía de que la sangre refluye y se reconcentra toda en el corazon, desde donde se desparra á animar los vasos de la vida.—¿Quién otro puede ser ese español sino el diablo?—Quemad al diablo.—Y Miguel Servet vá á la hoguera.

¡Pobre humanidad!

El diablo mientras tanto asiste con regocijo al espectáculo de ver destruir uno de sus disfraces, una de sus máscaras, y va preparando otra y otras ciento, porque es incorregible, es un *Utrilla* incansable.—Y los hombres creyeron haberle atrapado cuando solo destruían el traje de muger ó de hombre que se habia puesto por un minuto!

Bien que tenían motivos para equivocarse.—Servet, y Galileo, y Juana de Arco, y otros mil ¿no eran hechiceros? Y los hechiceros ¿qué son mas que trages de máscara del demonio? ¿No hemos dicho antes que muchos casuistas lo creen así, á puño cerrado? ¿no proclamaban á voz en grito que él solo es el inventor auténtico de la máscara?—Oigamos á messire Juan Savaron en su tratado de los *Disfraces*.

«La prueba, dice, de que el diablo es autor de la máscara, la tenemos, en que se llama del mismo modo á los brujos en francés, en inglés, en toscano y en lombardo.»

Pero esto es la fábula de la máscara, y nosotros pretendemos escribir su historia.

En el Egipto, en ese museo de antigüedades del mundo, la encontramos por primera vez. Los egipcios

cubrían el rostro de sus momias con una máscara de carton dorado ó de colores, máscara inmóvil y estúpida, cuya mirada de fijeza aterradora trastorna la razon como un gerglífico. No creo que se haya nunca materializado la muerte tanto como en ese matrimonio informe de alhajas, de ídolos y de atahudes que se llama momia. Su rostro petrificado parece como que os revela el letargo eterno del hipogeo; el sueño sin ensueños, la petrificación absoluta del embalsamamiento. Esta máscara es casi siempre uniforme como la de las esfinges. Ni belleza, ni juventud, ni fealdad, ni vejez, ni tristeza, ni alegría hallareis en ella... solo hallareis... una momia.

Entre los egipcios no pertenecia exclusivamente la máscara á los muertos, que era tambien sacerdotal. Diodoro de Sicilia cuenta que los sacerdotes de los animales en quienes el pueblo adoraba, no los servian sino cubiertos con caretas, arregladas en un todo á su semejanza. Para ejercer el culto de las bestias, los sacerdotes se bestializaban. La procesion de Isis no era otra cosa que una gran mascarada herege, en la cual cada sacerdote representaba uno de los animales simbólicos de las constelaciones; y la diosa, que iba en su carro custodiada por tan amable compañía, estaba tambien disfrazada de osa.

El origen de la máscara en Grecia es pura y simplemente pastoral. Encontrámosla en las viñas por primera vez. Los vendimiadores acostumbraban, durante las fiestas de Baco, improvisar entre las cepas una comedia campestre, que se reducía por lo regular á canciones burlescas, y sátiras amargas que se decían los unos á los otros. Reinaba en estas funciones la franca alegría de la embriaguez. Tendidos entre las cepas no se veían los actores el rostro, y hablaban cuanto á las mentes les venia. Poco á poco nació de esta costumbre la de cubrirse, durante las bacanales, con una careta de hojas de vid entrelazadas, careta igual en un todo á la que usaron mucho mas tarde los soldados romanos, cuando iban cantando estrofas burlescas y versos injuriosos en torno del carro del triunfador.

Pronto la musa griega se apoderó de la máscara para cubrir con ella el rostro de sus personajes, y hacer su emblema, por decirlo así. Punto es muy debatido y aun no resuelto por los eruditos si fué Tespis ó Esquilo el primero que la llevó á la escena. Apartándonos, pues, de esta cuestion, diremos que todos los poetas, así griegos como romanos, cubrieron después con máscaras el rostro de sus actores. Las máscaras á que aludimos eran enormes. Cubrían enteramente la cabeza y tenían la figura de un morrion. Su boca monstruosa, incrustada de hojas de acero, tenía toda la rotundidad de un porta-voz. Feroces, lloronas, graves en la tragedia; diformes, grotescas, risueñas y satíricas en la comedia; estas máscaras representaban muy al natural todas las expresiones del rostro humano; desde la magestad hasta el idiotismo, desde el furor hasta la lujuria.

Esto, que parece imposible á primera vista, no lo es tal teniendo en cuenta la inmensidad del escenario griego, y lo alejado que estaba de los espectadores, ó del patio, debían necesariamente cambiar todas las leyes de la óptica y de la acústica. El coturno daba al actor la talla de un gigante: la hilera de dientes de acero donde retumbaban sus palabras como en una sima, le daba la voz; la máscara, pues, debía darle el rostro. Difícil, sino enteramente imposible, es formarse una idea de la variedad de tipos que los antiguos empleaban en su confeccion, sobre todo en las de las máscaras cómicas. Nunca la caricatura ha llegado mas allá.

Acabamos de cerrar el libro de Ficoroni titulado *De Larvis esceniciis*, poseidos de esta humillante convicción: desde hace mil ochocientos años no se inventa en el mundo una cosa ridícula, cuyo derecho de propiedad no pudieran reclamarnos los sastres de los teatros griegos y romanos. Todos los grotescos fantasmas que las lagunas de Venecia han reflejado por millones, como los espejos de una sala de baile secular, se encuentran con su mismo gesto, enteramente idénticas, grabadas en los gálbos de los vasos etruscos, en los frescos de Pompeya, en los camafeos y en las medallas antiguas.

(Se continuará.)

T. BARRANTES.

RASGOS, AGUDEZAS Y ESTRAVAGANCIAS HISTÓRICAS.

Un emperador de Alemania queriéndose mofar del blason de los venecianos, preguntó á su embajador en qué selva habian encontrado sus compatriotas un leon con dos alas; á lo cual repuso el embajador:

—En la misma en que se encuentran las águilas con dos picos.

Durante la tercera cruzada, Saladino, después de haber alcanzado notables triunfos en Palestina, puso sitio á Tiro, donde se hallaba Conrado de Montferrato. Saladino dijo al príncipe sitiado que le entregara la plaza ó matria á Bonifacio, su padre, que á la sazón era su prisionero, y Conrado contestó:

—Prefiero el bien de los cristianos á la vida de mi padre, y mucho me holgaria tener un mártir en mi familia.

Saladino murió á los 57 años de edad, sin dejar palacios

ni jardines. En el momento de espirar, dijo á nro de sus oficiales:

—Toma ese vestido, enséñaselo á los creyentes, y manifiesta que esto es lo único que puede llevar consigo el soberano de Oriente.

A las graves é importantes cuestiones que suscitó la escolástica durante la edad media, sucedieron otras ridículas y extravagantes, en las que los hombres mas eminentes de aquella época daban sobrado ejercicio á sus talentos: Hé aquí algunas; Dios, ¿puede hacer una virgen de una ramera? Al encarnarse Dios, ¿se unió al individuo ó á la especie? ¿Es mas posible esta proposición, *Dios es un escarabajo*, que esta otra, *Dios es un hombre*? ¿La palabra *querubín*, es masculino ó neutro? ¿La palabra *Jesus* debe estar acentuada ó sin acento? ¿Dios á la derecha de su padre, está sentado ó de pie? ¿Se llevó Dios al cielo las vestiduras con que se apareció á los apóstoles? ¿Las conserva todavía? ¿En qué se convierten las especies eucarísticas despues que se han comido? etc., etc.

Un embajador pidió á San Luis, rey de Francia, que le enseñara sus lebreles: el santo rey le condujo á un refectorio lleno de pobres y le dijo:

—Estos son los perros que yo mantengo, y con los que espero ganar la vida eterna.

Andrónico el joven, tenía costumbre de decir:

—Alejandro se quejaba de que su padre no le dejaba nada que conquistar; yo temo que el mio no me deje nada que perder.

Regresando Tamerlan á Oriente despues de una expedición en la que habia obtenido triunfos muy señalados, todos los niños de una ciudad habian salido á su encuentro implorando su misericordia y recitando los versos del Corán.

—¿Qué balido es ese? preguntó el inhumano vencedor.

¡A ver! que cargue la caballería sobre esa importuna manada de ovejas.

Pocas de estas desgraciadas criaturas quedaron con vida.

En los primeros dias del año de 1492, hizo Fernando el Católico su entrada solemne en la Alhambra, de la que salió Abu-Abdalla-Zaquir en medio de los sollozos de los suyos, con dirección á las Alpujarras. Cuando llegó á la cumbre del monte Padul, volvió la cara llorando para dar el último adiós á la ciudad que acababa de perder. Zoraya la sultana le dijo:

—Llora, llora como muger el reino que no supiste defender como hombre.

Fernando el Católico é Isabel quisieron echar á los judíos de España; mas estos quisieron atajar el golpe ofreciendo treinta mil ducados á los reyes católicos, los cuales se encontraron predispuestos á acceder; pero el inquisidor Torquemada declarándose en abierta oposición á semejante concesión, se presentó á los reyes y enseñándoles un crucifijo exclamó:

—Judas vendió á Nuestro Señor por treinta dineros, y sus altezas quieren volverle á vender por treinta mil ducados.

FERIAS QUE SE CELEBRAN EN LA PRESENTE SEMANA EN LAS SIGUIENTES PROVINCIAS DEL REINO.

DIA 5 de febrero.—Illan y Nadar, provincia de Lugo.—San Antonio de Feas, provincia de Orense.—Billaminico, provincia de Palencia.—Durango, provincia de Vizcaya.

DIA 7.—Santa Maria de Portas, provincia de Pontevedra.

DIA 8.—Mérida, provincia de Badajoz.—Arzúa, provincia de la Coruña.—Mazcuerras, provincia de Santander.

DIA 9.—Balteiro, provincia de Pontevedra.

DIA 10.—Sierra y Santa Maria de Avades, provincia de Lugo.—Paleclurgell, provincia de Gerona.

Su principal tráfico consiste en ganado caballar, mular, vacuno, lanar y salazones; granos, legumbres, artefactos de labor, y algunos efectos extranjeros.

EFEMERIDES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX.

DIA 4 de febrero. Año de 1812.—La plaza de Petiscola se entrega á los franceses.—1838. Accion de Viacamp.—1840. Accion de Peracamps.

DIA 5. 1810.—Entrada del duque de Alburquerque en Cádiz, con el ejército de Estremadura.—1812. Accion de Sangüesa.—1834. Accion de Aramayona.—1835. Accion del Puente de Arquijas.—1838. Acciones de Ubeda y Baeza, donde es derrotado el partidario carlista don Basilio Garcia.

DIA 6. 1835.—Defensa de Orduña.—1838. Accion cerca de Guetaria, y socorro de Gandesa.—1839. Accion de Utiel.—1810. Bonet invade las Asturias, y se sitúa en Oviedo.

DIA 7. 1812.—Accion del Rebollar.—1836. Accion del puerto de Velea.

DIA 8. 1814.—Los españoles bloquean á Barcelona.—1836. Derrota de Batanero en Trillo.—1839. Accion de la Peña de Amaya y Almonacid.

DIA 9. 1820.—Abolicion del tribunal de la Inquisicion de España por Fernando VII.—1830. Grande inundacion en la ciudad de Orihuela.—1837. Accion de Granátula.—1838. Accion de Villavieja.

DIA 10. 1815.—Los españoles toman á Tafalla.—1817. La España declara su accesion y consentimiento á las actas del Congreso de Viena.—1835. Defensa de Ciga.



Escenas de barbarie de la edad media.



Progresos de la civilizacion del siglo XIX.

Gacetilla devota de la capital.

Lunes 4. San Andrés Corsino y san José de Leonisa, confesor. Ademas los santos Remberto, obispo de Bremense, Teófilo, penitente, Filoromo, mártir, y la beata Juana, reina.—En la iglesia de san Antonio del Prado, sigue la novena á Maria Santisima de la Divina Providencia, por mañana y tarde. En la de San Francisco el Grande á Nuestra Señora de las Flores, continua igualmente su novena solo por la tarde; y en la de religiosas Maravillas, idem la de su Virgen titular, donde está el jubileo de Cuarenta Horas hasta el día seis.

Martes 5. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Felipe de Jesus. Ademas san Martin Durmiense, arzobispo de Braga, san Alcimo, idem de Viena, san Pablo y compañeros mártires, san Alvino y 26 mártires del Japon, y santa Calamanda.—En la iglesia del Colegio de Portugueses, el obsequio acostumbrado á su titular.

Miércoles 6. Santa Dorotea, virgen y martir. Ademas los santos Amando, obispo, Abaastro, obispo, santas Reunilda y Herlinda, mártires, religiosas benedictinas, y el beato Antonio Amandula, religioso Agustino.—En la capilla de la Escuela de Maria por la tarde y en la bóveda de san Ginés por la noche, ejercicios, los respectivos de instituto.

Jueves 7. San Ricardo, rey de Inglaterra, y san Romualdo, abad. Ademas los santos Teodoro y Juliana, viuda, Ricardo, confesor del orden del Cister, Lupo y Antonina, mártires.—En las iglesias de santa Maria, santa Cruz, san Ginés, san Lorenzo, san Pedro y san Isidro, se tributará el obsequio acostumbrado al augusto Sacramento del altar.—En la capilla de palacio, el culto mensual á Jesus Sacramentado, este día y los dos siguientes, y en la de monjas Trinitarias, esposicion del Santísimo todo el día, y solemnes visperas y maitines por la tarde, donde estarán las Cuarenta horas hoy y mañana.

Viernes 8. San Juan de Mata, fundador. Ademas los santos Orvilio, obispo y mártir, Esteban de Albernia, fundador de la congregacion, grande mostrense de Lóndres, santos mártires de Roma, Paulo, Lucio y Ciriaco, y el beato Antonio, religioso capuchino.—En la capilla de Jesus Nazareno, se hará á su santa imagen titular el culto semanal acostumbrado. En la ya dicha iglesia de Trinitarias se festejará á san Juan de Mata, fundador de aquella religiosa órden, habiendo absolucion general. Igual gracia se concede á los fieles que asistan á las mi-

sas que se celebren en las iglesias de Italianos, oratorio de Cañizares, Servitas, san Millan y san Ginés. En el dicho oratorio de Cañizares, y bóveda de san Ginés, egercicios por la noche.

Sábado 9. Santa Polonia, virgen y mártir. Ademas los santos Ansveto, Sabino, obispos, Nicéforo, mártir de Antioquia, Alejandro de Roma y compañeros mártires, y Saturnino, mártir.—En las iglesias de Mercenarias, san José, santo Tomás, Carmen, Atocha, Escuelas Pias, Recogidas, Colegio de Portugueses, Rosario, Nuestra Señora de Gracia, y santa Maria; se festejará á la Santisima Virgen Maria en la forma acostumbrada. En la iglesia de religiosas Carmelitas (Maravillas) concluirá la solemne octava-novena á su Virgen titular. En el oratorio del Caballero de Gracia, estará su Divina Magstad espuesto todo el día, con motivo de hallarse el jubileo de Cuarenta horas hoy y los dos dias siguientes.

Domingo 10. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo de Aquitania. Ademas los santos Lucimo, obispo de Guadaluja, Basilio, abad, y otros monges mártires, Ireneo y tres compañeros mártires en Roma, santa Sotera, virgen y mártir, y santa Anstreberta, virgen.—En la iglesia de religiosas Benedictinas de san Plácido se celebrará á la gloriosa santa Escolástica, como á santa de su órden.—En las parroquias, Capilla real y Buen Suceso, misa mayor con sermon de la presente dominica.—En las Trinitarias, san Isidro, san Ginés, Arrepentidas, Servitas, san Millan, santa Cruz, oratorios del Espiritu Santo, Olivar, Caballero de Gracia, san Antonio del Prado, Carmen y en el Colegio de la Escuela Pia de san Fernando, habrá egercicios espirituales por la tarde.—En san Francisco el Grande, finalizará el novenario á Nuestra Señora de las Flores.—En santo Tomás y en el Rosario, procesion con el niño Jesus, como todos los segundos domingos de cada mes. En la real iglesia de Loreto, solemne triduo á santa Eulafia de Barcelona, por mañana y tarde.

Funciones de iglesia fuera de la corte.

Día 5. A santa Agueda en Villanueva de la Torre, Zamarramala, Galapagos, Cuéllar, Centenera, y en Cuba, donde se venera una reliquia de la santa.

Día 6. Fiesta al Santísimo en Cervera.

Día 9. A Nuestra Señora de las Angustias, en Arévalo.

Día 10. En Mérida.

Nota El día 8. Feria principal en Mérida y en el Puerto de Santa Maria.

LOGOGRIFO.



ALMAS

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.
LA BATALLA HACE AL SOLDADO ARROJADO.
VALIENTE Y GENEROSO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 5